

José Ruiz Quinteros

CUENTOS

LA VIDA ES REDONDA Y DA BOTE



**LA VIDA ES REDONDA
Y DA BOTE**

LA VIDA ES REDONDA Y DA BOTE

© José Ruiz Quinteros

Primera edición: abril, 2022

Reimpresión: abril, 2024

Inscripción n.º 2022-A-2452

ISBN 978-956-6277-02-6

Ilustraciones: Carol Kamaleón

Impreso en Santiago de Chile
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación

Editorial ELOtroCuarto

www.elotrocuarto.cl

LA VIDA ES REDONDA Y DA BOTE

José Ruiz Quinteros

Ediciones **EIOtroCuarto**

AMOR Y FÚTBOL

Corrían los 30 minutos del segundo tiempo. Le íbamos ganando al Almirante Latorre. La cancha muy blanda después de dos días de lluvia. En los arcos puro barro. Recién habíamos metido el segundo gol y el marcador estaba 2-1. Se nos vinieron encima con todo. No podían creer que les fuéramos ganando y más encima con uno menos. El árbitro había expulsado al Profe. Claro que puso una patada fea. Duro el Profe. Estábamos atorados de tantos contrarios en nuestra área. No la podíamos sacar. Le pegábamos con toda el alma y ahí estaba de nuevo la pelota, buscando el arco, oliendo a gol. No había caso, la cosa se ponía cada vez peor. De repente el Pelao Luchito, mirando para la galería, le dice al Chino Pino: "Mira, Chino, mira la mina que llegó". Y todos los que estábamos cerca, miramos. Era increíble. Aunque sabíamos quién era, igual era increíble. Ella siempre era increíble. La María Luisa iba entrando al estadio y pasaba frente a la galería, delante de las barras, de los incondicionales. Un silencio recorrió el estadio de arco a arco. Como si fuera una película, todo se puso en cámara lenta, sin sonido. La María Luisa caminaba con su polera amarilla y su escote, que le dejaba ver un poquito de cada una de sus grandiosas pechugas, que se movían al vaivén de sus pisadas y no podíamos dejar de mirar. Ni qué decir del pantalón. Ese bluyín apretado, elasticado que le dicen. El trasero más lindo de la pobla. Mientras esperábamos que pasara la María Luisa, la pelota suspendida en el aire nos miraba con preocupación. De pronto, cuando todo comenzaba a volver a la normalidad, nos dimos cuenta

de que el Chico Mario corría solo con la pelota en los pies en busca del arco contrario. Solo, solo. El arquero del Almirante, el Pato Carabina, en su despertar de escotes y bluyines, le salió a cortar abriendo los brazos y manoteando como loco. Pero el Chico Mario ya estaba embalado. Se abrió, se abrió a la izquierda del arquero y lo dejó botado, enterrado en el barro. Entró con pelota dominada y marcó el tercero para los nuestros. La barra estaba enardecida, no paraba de gritar y alentar a nuestro equipo. Y el Chico Mario corrió otros treinta metros hacia la reja que separaba el campo de juego de la galería a recibir el premio de su hinchada, a recibir el mejor premio de una polera amarilla y unos bluyines apretados que se pegaban a la reja estirando los labios para juntarse con los del Chico, el héroe de la tarde. ¡Grande, Chico Mario!

EL CHINO AL ARCO

Estábamos participando en un campeonato de fútbol de verano. Eran seis equipos, todos contra todos, en dos ruedas. Ya finalizando la segunda rueda íbamos punteros, a un punto del Defensor F.C., y el último partido lo jugábamos contra ellos.

Yo era el arquero. Desde siempre que yo recuerde era el arquero. Llevábamos tres campeonatos ganados y en algunas definiciones a penales había sido el héroe. Atajapenales me pusieron, y con razón. Las dos últimas definiciones fueron así y me atajé 2 penales cada una. Salimos campeones y yo en andas de todo el equipo. Gloriosos recuerdos que tengo de esas finales.

Hoy día la cosa no debería ser muy difícil. A los del Defensor les ganamos 3-0 en la primera rueda y no hicieron mucha collera. Claro que las finales son finales. El ambiente es distinto. Desde la noche anterior que todo gira en torno a la final.

Ese domingo de verano estaba pesado. Por lo menos unos 45° dentro del campo de juego. Más encima jugábamos en la cancha de ellos, que apenas tiene pasto en las esquinas y lo demás pura tierra. Ni qué decir los arcos.

En el camarín estábamos contentos, no sobrados, solo contentos. Éramos todos buenos amigos y cuando uno juega en un equipo que por varios años le va bien, todos son amigos. Como en la vida nomás, si cuando la ruleta de la suerte anda con uno, te sobran los abrazos y palmadas en la espalda, pero cuando la cosa cambia... ahí te quiero ver, cabrito.

Pero bueno, por ahora, en el equipo la cosa iba bien. Llegábamos a tiempo todos los que teníamos que llegar, excepto el Catuto, nuestro central. Ese siempre llegaba atrasado, pero el entrenador, él y todos sabíamos que no podía quedar afuera. Menos yo. El puesto de líbero para un arquero es fundamental. Es mi mano derecha. Él es quien evita que lleguen los delanteros contrarios a amenazar mi arco. Y para mejor, el Catuto era extraordinario. Buen salto, preciso en el cabezazo, un pecho como esponja, elegante en la salida, entrega del balón siempre criteriosa. Nos entendíamos a la perfección. Así que, si él llegaba atrasado al camarín casi todos los partidos, daba lo mismo, mientras llegara.

La cancha era chica. Los arcos quedaban como a un metro de distancia de una muralla con cuatro palos parados. De afuera se veía todo para dentro, así que tenía harto público a mis espaldas mirando el partido.

Luego de la charla técnica, que no muchos escuchaban, y de la arenga obligada del capitán del equipo, todo esto en el camarín, salimos al campo de juego. Allí nos recibió nuestra barra, con banderas, papel picado y cánticos de aliento. Un tanto desmedido para mi gusto, pero así eran felices. Era como si nosotros representáramos un anhelo. Los que entrábamos a la cancha a disputar esa final éramos lo que ellos quisieran ser. Y allí, en esas camisetas que se desparramaban por el campo, se depositaban sus sueños, y ganar se transformaría en una anestesia a la realidad del lunes siguiente. El triunfo adormecería la pequeñez del sueldo que no alcanzó otra vez a terminar el mes. Llevarnos la copa sería el mejor sedante para aquietar el dolor que significaba seguir marcando el paso toda una vida, sin surgir, sin avanzar. Era la única forma de lograr ser feliz, aunque durara solo lo que dura un partido de fútbol de población. Pues bien, allí estábamos nosotros, saludando a nuestra barra, sintiendo el pecho inflado de orgullo por llegar a esta final invictos y goleadores. Además de la valla menos batida, gracias a mí. Nosotros con un

empate estábamos listos, los contrincantes tenían que ganarnos. Así se presentaba el panorama.

Nuestro capitán, el eterno “Niba” Salinas, caminó hacia el centro de la cancha y yo le dije que si ganaba el cara o sello eligiera el lado de la barra del equipo contrario. Me gustaba siempre jugar el segundo tiempo con nuestra barra a mis espaldas. Como que me daba tranquilidad.

Partieron ellos y luego nos hicimos dueños de la pelota. Casi no llegaban a mi arco. Eso es preocupante para un arquero. Que no le lleguen mucho es peligroso porque cuando llegan te vacunan. Nosotros atacando todo el rato, pero sin peligro serio para su arco. No había caso que la metiéramos adentro. Estábamos negados con el arco contrario. Además, el calor parecía aumentar cada vez más, lo mismo que la sed. Y así terminó el primer tiempo, cero a cero.

Nuevamente en el camarín, las instrucciones del técnico y la arenga del capitán. Salimos a la cancha con el público un tanto decepcionado, cabizbajo, preocupado diría yo.

Cuando llegué a mi arco, y antes de que el árbitro diera el pito del comienzo del segundo tiempo, siento a mis espaldas: “¡Güena, Chino, aquí te vamos a hacer barra nosotros, no te preocupí!”. Me doy vuelta para ver a los dueños de esas voces, que me sonaron muy familiares, y me encuentro con cinco amigos míos del club, de toda la vida, buenos pal trago y el garabato. En ese momento no supe si era mejor o peor que estuvieran detrás del arco haciéndome barra, la verdad es que no estaba seguro. Pero bueno, ahí estaban, sentados en unos neumáticos enterrados a la orilla de la cancha, con unas cajas de vino y unas Coca-Colas, métale combinados.

Empezó el segundo tiempo y el panorama parecía ser el mismo que en el primero. Nosotros dueños de la pelota, pero sin meterla adentro, y yo aburrido esperando a que llegaran a mi arco. A los cinco minutos, uno de mis amigos de la barra que estaba detrás del arco, el Tati Merino, me dice: “Chino, ¿te tomái un jotecito pa la sed?”.

Lo primero que pensé fue decir que no. Era lo lógico. Estaba jugando una final y defendiendo el arco. Eso no estaba correcto. Pero luego me dije: Esto va a estar igual que en el primer tiempo, además que con este calor y mi traje de arquero tengo pura sed, así que un vasito de vino con Coca-Cola ¿qué me va a hacer? Todo eso lo pensé en una centésima de segundo y le dije a mi compadre: "Ya pu, Tati, sírveme nomás". Llegó el vaso a mis manos y en un segundo me tomé de un trago lo servido. Pareció que un chorro de frescura y vida se deslizaba por mi garganta y me quitaba esa sed que ya no me dejaba respirar. Y ahí seguía el partido, ellos sin pasar la mitad de la cancha y nosotros sin embocarla nunca, así que me apoyé en un vertical de mi arco y me puse a conversar con los cabros, pa no aburrirme. Naturalmente, entre conversa y conversa, como que no quiere la cosa, apareció el segundo jote y ¡pa dentro! ¡Qué cosa más rica y fresquita!, decía todo mi cuerpo. Ya estábamos en el análisis más profundo del encuentro y yo con el vaso en mi mano enguantada, el vaso que era una botella desechable cortada por la mitad y que se llenaba por arte de magia, sin que yo hiciera esfuerzo alguno.

Empecé a sentir ciertos efectos extraños del alcohol en mi cerebro. Bueno, la verdad es que no eran muy extraños, eran más bien los efectos que se dan cuando uno toma vino varias veces en un corto lapso. O sea, mareo, visión borrosa, paso vacilante o torpe, náuseas. Ahora bien, yo estaba seguro que desde la posición donde se sentaba nuestra barra no se me notaba, eso nunca. Mis compañeros de equipo tampoco, pues estaban más preocupados de hacer un gol que de mi comportamiento. Y la Marta, que nunca iba a verme jugar y ahora la había convencido solo porque era la final y después la iba a llevar al mall, menos.

La cuestión es que le dije a los cabros que ya no tomaba más, así que les devolví el vaso y me puse en medio del arco. La idea era que no se notara en absoluto mi estado y que no me llegara ninguna pelota difícil.

En eso estaba, concentrado en mi trabajo de arquero, cuando siento que el Catuto me grita: “¡Chino, manotéala, manotéala!”. Manotea qué, me digo, y veo que vienen cayendo desde el cielo, a una velocidad que no lograba calcular, un par de pelotas, igualitas a la que estábamos jugando. ¡Eran dos balones los que venían hacia mí! Me refregué los ojos y volví a mirar, pero seguían acercándose dos pelotas. En esa fracción de segundos en que el borracho toma decisiones, más aún si el borracho es el arquero del equipo que quiere salir campeón, decido manotear la pelota de la derecha, la que se veía más clarita. Cuando llega a mi mano veo que la atravieso, como si fuera una pelota fantasma, y al instante siento el tremendo pelotazo en la oreja izquierda y el grito de gol de toda la barra contraria.

Pa qué decir que ni me recuerdo de los minutos que quedaban de partido. Después me contaron los cabros que me paré como un zombi, fuimos a partir y terminó el partido. Todo lo demás para mí es una nebulosa. Al salir de la cancha, sentía gritos desde nuestra barra, no muy amistosos, en contra del arquero. En el camarín oía voces, muchas voces gritando, pero no lograba entender lo que decían. Luego me metí a la ducha y estuve largo rato allí, tratando de despertar un poco. Me sequé, guardé mis cosas y con paso medio vacilante, salí del camarín. Busqué, miré. Se habían ido todos. Deben estar en la premiación, me dije. Mal que mal, salimos vicecampeones. Estaba todo el estadio vacío y oscureciendo. Parece que estuve mucho rato bajo la ducha. Busqué a la Marta y nada. Me había quedado solo. Ni mis amigos que me acompañaron detrás del arco estaban.

¡Qué malagradecidos! Después de todo lo que le he dado yo al club, así es cómo me tratan. Cuando estás arriba, todos te abrazan, te palmorean la espalda y te quieren. Pero cuando te tropiezas y cometes un error involuntario, te dan vuelta la espalda, te apuñalan. Voy a pensarlo dos veces a ver si vuelvo al club a atajarle penales a estos malagradecidos.

EL SIN NOMBRE

Al Chueco, desde siempre, todos lo conocían por el Chueco. Nadie nunca supo cuál era su nombre verdadero, o mejor dicho el nombre con el que lo bautizaron, porque, a fin de cuentas, lo verdadero en este caso era lo que todos conocían: su pie deforme, su caminar extraño y que respondía al nombre de Chueco. De chiquitito, cuando se accidentó y le quedó el pie derecho dañado —como a los siete años— lo llevaron varias veces a Santiago para que lo operaran y le corrigieran la malformación, pero en el hospital nunca tuvieron la hora, la cama, los médicos, la disposición de atenderlo. Y pasaron los años.

De familia pobre y numerosa en partes iguales, el Chueco siempre supo dos cosas: que había que trabajar para comer y que era bueno para la pelota. El niño empezó a trabajar en el fundo donde siempre trabajó su papá. Trabajó en los nogales. Las nueces fueron sus compañeras de toda la vida, las nueces y la pelota. Nadie creía que el Chueco pudiera servir para mucho más que para recoger nueces y cuidar de los nogales. De naturaleza retraída y siempre chutendo lo que se le pusiera por delante, él vivía su mundo soñando con jugar en un equipo, ponerse una camiseta, pantalones cortos, medias y zapatos de fútbol. Hábil trepando árboles, los domingos veía los partidos de la cancha vecina al fundo desde un nogal gigante que dominaba el campo de juego. Él veía todo, nadie lo veía a él. En la mañana jugaban los cadetes, los niños. Luego se iba a almorzar y volvía en la tarde para ver a los adultos. Allí estaban sus héroes, los

buenos para la pelota. Comenzaba la Tercera Serie a las dos de la tarde. Ahí jugaban los más malitos, los que le ponían mucho empeño pero poco fútbol. Luego, como a las tres y media, mejoraba un poco la cosa y venía la Segunda. Aquí había más competencia, más gracia, más fútbol. Y, por último, alrededor de las cinco de la tarde a la cancha iban los mejores, sus ídolos. Jugaba la Primera Serie del club. Estos eran los futbolistas de verdad, los que él seguía con pasión, con gusto. Sus ojos de niño transformaban a estos peloteros de fines de semana en verdaderos héroes, de canchas de barro en el invierno y canchas de dura tierra y piedras en el verano.

Empezó de a poco, chuteando nueces. Las levantaba del suelo con su pie malformado y comenzaba a dominarlas, como lo hacen los futbolistas con una pelota. Tenía como doce años y su dominio de las nueces era increíble para quien no lo hubiera visto. Comenzó dominando hasta diez. Luego cinco más, diez más, y así siguió hasta cuando se aburrió de dominar nueces. Se compró una pelota plástica y liviana y empezó a dominarla. Eso era muy fácil. Luego la chuteaba, le daba efecto, la tiraba al cielo y antes de que cayera la dejaba muerta en su pie. Su sueño era tener una de fútbol, de cuero, con cascotes, como las que usaban los futbolistas que veía todos los domingos. Esa era una pelota de verdad, pero era un sueño imposible. Mejor olvidarlo.

La vida del Chueco seguía entre las nueces y sus deseos de jugar al fútbol. Nada nuevo ocurría. Pero como en los cuentos de hadas, un día pasó algo que le dio un giro a la vida de nuestro protagonista. Más que un giro, lo puso donde él siempre había querido.

Sucedió que siendo las dos de la tarde de un caluroso marzo, todos los inquilinos descansando a la sombra de una higuera, después del almuerzo, medios adormilados y ya sin tema de conversación, vieron cómo desde una bolsa plástica que estaba arriba de unos sacos, caía al suelo una pelota de fútbol. Nadie sabe por qué tipo de artillería o magia descontrolada de algún duende juguetón cayó esa

pelota desde los cielos y fue a pararse frente al Chueco. Él la miró, se paró del suelo donde estaba sentado comiéndose un pedazo de sandía, y como si se hubieran conocido desde siempre, la levantó con su deforme pie, tal cual lo había hecho tantas veces con sus amigas nueces, y comenzó a dominarla. Cinco veces con la derecha, otras cinco con la izquierda, y así continuaba sin parar. Los hombres que se estaban quedando dormidos bajo ese sol abrasador, al abrigo de la sombra de la higuera, abrieron sus ojos como platos, al igual que sus bocas, y se quedaron congelados mirando al niño que creían inválido e inútil para tal tipo de acrobacias futboleras. El Chueco ya no estaba allí. El solo contacto con la pelota de verdad, de cuero, con cascotes, lo había hecho olvidarse de su entorno, y solo veía la pelota. Solo sentía ese poder extraño con el que dominaba al mundo. Don Genaro, que era el jefe y el dueño de la pelota, fue el primero que despertó de ese espejismo que les produjo la actuación del Chueco, y dejó de ver al niño cojo, que solo servía para subirse a los nogales y cosechar nueces. “El cabro es fantástico”, les dijo después a los directores del club. “Si ustedes lo hubieran visto... Hace lo que quiere con la pelota en los pies. Y el pie malo es mejor que el otro. El domingo lo voy a traer a la cancha y les pido que lo prueben. Me tinca que jugando es mucho mejor que solo dominando la pelota”.

El domingo el Chueco fue a la cancha con su hermano, el Pirulo. Primera vez que lo llevaban. El Pirulo, un año menor que él, era el nueve del equipo de los niños, el goleador, y no entendía por qué don Genaro le había dicho que lo llevara, si el Chueco no sabía nada de fútbol. El Pirulo era bueno para la pelota, la estrella del equipo. Todo el club le auguraba un futuro promisorio como futbolista. A tan corta edad ya demostraba todas las buenas cualidades de un delantero goleador. Rápido, buen enganche, dominio del balón y, sobre todo, el arco entre ceja y ceja, como dirían los especialistas. Pelota en el área, en los pies del Pirulo, gol seguro, era el verso que todos los del club repetían. Y era verdad.

Cuando llegaron a la cancha, don Genaro agarró al Chueco de la mano y lo llevó ante el director técnico del equipo de los niños. “Aquí está el cabro del que le hablé el otro día”, le dijo. “Le pido de nuevo que lo ponga un ratito, a ver si es tan bueno como yo lo vi con una pelota el otro día”. El DT del equipo lo miró y lo vio tan escuálido e insignificante, que casi se pone a reír, pero se contuvo para no ofender a don Genaro, mal que mal, era el que se ponía con el desayuno de los niños todos los domingos. De mala gana le dijo que lo pondría un rato en el segundo tiempo. “Ahí veremos cómo le va”.

Entraron al camarín, que era una micro vieja a la que le quedaban algunos asientos pero ningún vidrio, así que en invierno era de lo más helado vestirse allí. Los niños empezaron a equiparse y el Chueco los miraba y no hallaba qué hacer. Él no tenía equipo, ni menos zapatos de fútbol, así que se sentó en un rincón mientras miraba el proceso de transformación que experimentan los futbolistas cuando entran a un camarín. Claro que estos eran futbolistas niños. No había tanta parafernalia ni preocupación como en los adultos. El Chueco miraba con gran emoción cómo se vestían: los pantalones cortos azules, las medias blancas y al final la camiseta roja. El club usaba la misma indumentaria que la selección chilena. De pronto el DT lo ve sentado en un rincón y le dice que se equipe, y el Chueco le dice que no tiene con qué. Todo esto no le gustó al entrenador, porque era un problema en vez de una solución este cabrito. Pero como estaba comprometido con don Genaro, se acordó de que habían quedado unos zapatos de fútbol botados por ahí, y que él los guardó. Así que los fue a buscar y se los pasó. No eran tan buenos. El pie izquierdo estaba roto en un costado, pero el pie derecho estaba bueno aún. El Chueco no podía creer lo que tenía en sus manos. Eran unos zapatos de fútbol negros, negros como le quedaban las manos cuando cosechaba sus nueces, con hartos estoperoles y unos cordones muy largos. El DT le entregó medias, pantalón y camiseta, y le dijo que se vistiera con calma, que iba a entrar un rato en el segundo

tiempo, así que no había apuro. El niño creía que estaba soñando. Se iba a vestir de futbolista al fin. Se puso el pantalón azul y luego comenzó con las medias blancas. Primero el pie izquierdo, el bueno. Se puso la media, que le llegó hasta el muslo, y la dobló para que quedara bajo la rodilla. Hizo lo mismo con el derecho, el malo. Se calzó el zapato izquierdo y lo anudó, pero cuando fue a hacer lo mismo con el derecho tuvo un problema. Su pie deforme no quedaba bien calzado dentro del zapato. Quedaba suelto y se le salía al caminar. Ni pensar en correr con ese zapato. Se le ocurrió llenar los espacios que quedaban con su polera, amarró con fuerza y así logró que quedara firme, que no se moviera el pie dentro del zapato. Por último, se puso la camiseta, le miró el número antes de ponérsela. Era el ocho. Este será el número que usaré toda mi vida de futbolista, se dijo el Chueco, y se la puso. Se la tuvo que meter dentro del pantalón, porque le quedaba hasta las rodillas. Todo le quedaba grande, pues para un niño de doce años, él era muy pequeño. Definitivamente su nutrición nunca fue muy buena.

Salió del camarín cuando ya había empezado el partido, así que nadie se fijó en él y se sentó en el suelo, al lado del entrenador. Terminado el primer tiempo iban empatados a cero. El Pirulo se había perdido un gol y además ningún compañero le había puesto un buen pase con ventaja, que lo dejara en posición de anotar. El DT dio algunas instrucciones que ninguno de los niños entendió y salieron a la cancha. El segundo tiempo ya iba a empezar. La cosa no cambiaba mucho. Los nuestros atacaban y atacaban, pero sin orden, sin pelotas claras, sin buenos pases, y el tiempo avanzaba. Quedaban como diez minutos y un niño se lesiona el tobillo y sale llorando en brazos del DT. El Chueco estaba tan nervioso, que ni quería entrar a jugar. Ojalá se olvidaran de él. Pero ocurrió lo contrario. El entrenador se acordó de la nueva adquisición y lo llamó a su lado. Le dijo que iba a entrar, que se quedara en el medio de la cancha, ahí donde estaba la raya y el círculo central. Si le llegaba la pelota, que se la pasara altiro a

un compañero. Siempre para adelante, nunca para atrás. Listo, esas fueron las primeras instrucciones que recibió el Chueco en su vida de futbolista. Al Chueco como que se le vinieron todas las ganas de jugar que tuvo amontonadas de tantos y tantos domingos arriba del árbol mirando cómo jugaban los demás, y entró corriendo a la cancha, corriendo como corría él, o sea cojeando, sintiendo que el suelo no era parejo, sabiendo que él no era igual que los demás, que estaba en desventaja. Cuando el público que estaba mirando el partido lo vio, no entendió mucho lo que pasaba. Vieron a un niño muy chico y flaco, con una indumentaria que le quedaba grande y que cojeaba. Eso no podía ser normal, el que había entrado estaba lesionado, no podía jugar así. Pero como no entendían, callaron. El juego siguió y el Chueco miraba cómo la pelota pasaba por su lado una y otra vez y no lograba tocarla. Hasta que llegó el momento mágico, con el que tanto había soñado. Saque largo del arquero y el Chueco ve cómo la pelota cae directamente hacia él, a toda velocidad, y la ve como una nuez, un poco más grande, pero una nuez al fin y al cabo. Le pone el empeine del pie malo y la pelota, como una mansa mariposa amaestrada, se queda allí, arrullada en el pie malo del niño cojo, como si supiera que desde allí siempre iba a salir al lugar correcto y preciso. Y así nomás fue. Antes de que llegara algún contrario a quitársela, el Chueco la acomodó, levantó la cabeza y vio a su hermano, el Pirulo, que corría entrando al área rival. Le metió el pie malo a la pelota y esta, obedeciendo al dueño de ese pie, viajó por el aire y cayó con precisión matemática en la cabeza del goleador, que solo tuvo que empujarla hacia el arco rival y meterla adentro. ¡Gol! El Pirulo no lo podía creer, había hecho un gol gracias a su hermano, el Chueco, el que no podía correr, al que siempre lo había visto cojeando, que tenía un pie deforme y una pierna más flaca. Todos lo abrazaban, pero él lo único que quería era abrazar a su hermano. Como una premonición, el Pirulo se enteró en ese momento de que ese sería solo el primero de tantos goles y jugadas fantásticas que haría con

su hermano el Chueco, en sus vidas de futbolistas. Corrió hacia su hermano y lo tomó en brazos y lo mostró al público, al DT, a los jugadores y al mundo. Este es mi hermano. Cojo y todo, es mi hermano y gracias a él ganamos hoy día.

Y ese fue el inicio. Los hermanos siguieron creciendo más unidos que nunca. La pelota fue su compañera fiel. El Chueco ya no dejó nunca de ser titular con la ocho en la espalda. Cuando cumplió los dieciocho años y dejó de ser infantil, inmediatamente, al igual que su hermano, pasó a la Primera Serie, donde solo jugaban los buenos, aquellos a los que él, muchos años atrás, miraba desde su nogal gigante y eran sus ídolos. Le hicieron un zapato derecho especial. Un zapatero amigo le tomó las medidas de su pie, asunto no muy fácil, ya que el pie estaba deforme, pero este mago de los zapatos creó un botín especial, que le llegaba hasta arriba del tobillo y se ajustaba perfecto a la extremidad. De ese zapato de fútbol salieron miles de pelotas de gol, pases imposibles, chaffles perfectos, voleas imparables, sueños cumplidos.

Un día, un hincha del club que hacía mucho tiempo se había ido del pueblo, volvió y fue el domingo a ver jugar a su equipo. Terminado el último partido, el de la Primera Serie, que ganaron 3-1, con un gol de tiro libre del Chueco y dos goles del Pirulo, con sendos pases de su hermano, el hincha este, llamado don Luis, se acercó a saludar al dueño de la cancha, don Nano. Se dieron un abrazo muy cariñoso, pues hacía mucho tiempo que no se veían y este señor, en otra época, había sido jugador y mecenas del club. Terminando de alabar la siempre bien cuidada cancha, destacando que seguía siendo el mejor campo de juego del pueblo, don Luis le pregunta por ese jugador extraordinario que hizo el gol de tiro libre y de cuyos pies salían solo pelotas buenas. Don Nano le dijo: "Ese es el Chueco, hermano del centro delantero y, efectivamente, tiene una derecha maravillosa. Está con nosotros desde los doce años y ha ido creciendo y mejorando cada vez más". Don Luis no entendía mucho pues vio

que el jugador en cuestión no tenía un físico muy especial, más bien desnutrido y, por sobre todo, su pie derecho cojeaba visiblemente, pero milagrosamente también era con el que mejor le pegaba a la pelota. “Así es pues, don Luis, el Chueco es la mejor derecha del campeonato. También para nosotros es un milagro. Él sufrió un accidente cuando muy niño y nunca se mejoró. Pero una cosa está clara, eso no fue impedimento para que se convirtiera en el gran jugador que es hoy día”. Se despidieron afectuosamente, quedando de verse el próximo fin de semana.

Don Luis se fue pensando en el Chueco. Si juega así, con el impedimento de tener un pie deforme, ¿cómo será si se mejora? Sería un jugador formidable.

Don Luis era una persona de muchos contactos y de buen pasar económico. Empezó a averiguar, a preguntar, a conversar con traumatólogos, hasta que luego de recopilar mucha información fue donde el Chueco y conversó con él. Le ofreció algunas entrevistas y exámenes gratuitos, con médicos importantes en el tratamiento de las extremidades inferiores, para ver la posibilidad de mejorar su pie derecho y con eso, mejorar su calidad de vida también. El Chueco, aparte de jugar bien a la pelota, sufría de muchos dolores en su pie deforme. Luego de cada partido, debía remojarlo en agua tibia mucho rato y luego acostarse, porque también sufría de dolores en la cadera, por el eterno cojear. Lo que le ofrecía don Luis estaba bien, además de que no iba a gastar nada. Así que partieron con el plan de mejorar ese pie derecho. Eso sí, por parte del Chueco, sin pensar en que iba a mejorar su calidad futbolística, solo que iba a ser un hombre sano. Con eso ya estaba pagado.

Radiografías, escáner, resonancias, montones de exámenes y entrevistas con doctores. A todo el Chueco, con mucha paciencia, sabiendo que era para su bien, asistía sin chistar. Hubo momentos en que pensó en mandar todo a buena parte, pero su hermano y sus amigos más cercanos, le decían que esta era la oportunidad de

mejorar su vida. Que ya no iba a ser más un lisiado, ya no iba a ser más chueco. Llegó el día más importante, el día en que debían decidir cuándo se hacía la primera operación, y luego de eso vendrían varias más. El Chueco dijo que bueno, se comunicó a todo el mundo, los jefes en la pega y los directivos del club, y comenzó el proceso de mejorar ese pie deforme. Iba a pasar mucho tiempo hasta que lo dieran de alta y pudieran comprobar que efectivamente las cirugías y tratamientos iban a surtir el efecto esperado y mejorarían algo que no se hizo hace muchos años atrás.

Fue una etapa lenta e interminable, pero él siempre con la mente puesta en su mejoría aceptaba todos los ejercicios, la kinesiología dolorosa y correctiva, y con ello su alimentación mejorada. Si no, de nada servía todo lo que se estaba haciendo después de las cirugías. Estuvo alejado de su familia y de su entorno. La mejoría no podía ser exitosa si no se sacaba al joven de su medio ambiente, donde la disciplina no era precisamente el estandarte que todos llevaban.

Pasaron dos años que parecieron diez y los médicos decidieron que el Chueco ya no tenía nada más que hacer allí por su pie. La mejoría era evidente y podía volver a su familia y a su barrio. Fue muy extraño cuando le dijeron que ya habían terminado con su postoperatorio y que ya estaba sano, que tenía que volver a su casa. Se sentía como un desarraigado. Cuando hace dos años se lo llevaron para mejorarlo, él era un pobre trabajador de los nogales que vivía esperando el domingo para jugar a la pelota, luego tomarse unos tragos con los amigos, que siempre lo invitaban, irse para su casa, acostarse adolorido y partir la semana de nuevo con lo mismo. Ahora no sabía cómo enfrentar su "nueva vida", como le llamaban los doctores.

La familia estaba muy contenta con la vuelta del hijo. Venía sano, ya no cojeaba. Su pie, con muchas cicatrices, estaba bueno y la pierna fortalecida. Se veía bien el cabro.

El Chueco lo único que quería era ir a la cancha, a su recordada cancha, la que le hacía olvidar los dolores y todo lo malo de su pobre vida. Estar con sus amigos y compañeros de camiseta. Y llegó la hora de ir.

Cuando el Chueco llegó a la cancha ese día, luego de recuperarse de su operación, se produjo un silencio extraño, como en las películas. Todos se quedaron mirándolo. Él caminaba derecho hacia el césped del recinto que tanto había echado de menos. Y cuando digo "derecho", quiero decir exactamente eso, caminaba "derecho". Su pie deforme se había mejorado. Su cuerpo ya no se movía al vaivén de su eterna cojera. En definitiva, era un hombre hecho y derecho, como dirían los vecinos más bien hablados.

Y entonces, en esa caminata lenta y erguida que el Chueco por primera vez experimentaba en su cancha, luego de su intervención y mejoría, todo el público que siempre lo admiró y que siempre lo llamó Chueco supo en ese instante que no sabría cómo llamarlo, que se había quedado sin nombre.

ESE GOL DE TIRO LIBRE

Nos tuvimos que vestir en la calle. Allí, en la cuneta, frente a las casas que rodeaban la cancha del Palermo F.C. Yo había visto canchas de clubes pobres, pero estos la cagaron. El lugar era igual que una plaza, pero en vez de plaza con árboles, bancos y arbustos o juegos infantiles, estaba la cancha. Pura tierra y piedras. Terminamos de vestirnos y “entramos” al campo de juego. Chuteamos un poco antes de empezar y la pelota daba unos botes inmanejables. No se me ocurría cómo íbamos a poder tener la pelota dominada, parecía imposible. La echábamos a correr y tenía vida propia. Como decían los viejos, esa pelota tiene un conejo adentro, por eso da tanto bote. Y pa más remate, justo ese día fuimos con la indumentaria de visita, o sea, todos de blanco. En el cielo ya iban llegando las nubes negras, como si fueran a ver el partido. Lo único que faltaba es que se pusiera a llover. El árbitro tiró la moneda al aire frente a los capitanes y la dejó caer al piso. La moneda quedó sepultada en la tierra. La tuvo que soplar para saber si era cara o sello. Partimos nosotros. Yo la abrí altiro con el Pelao Hugo y este la echó a correr, tratando de pasarse al lateral, un negro chico, mechas tiesas, que al ver que el Pelao se le iba, le puso tremenda patada por la espalda. ¡Foul! Y se le fueron todos encima al árbitro. Desde ese momento caché que el partido no sería nada de fácil. Estaban alegando por puro alegar nomás, si el foul había sido descarado. O sea, si el árbitro terminaba el partido sin un combo iba a ser de puro milagro. Pa más remate justo ese día invité a la Yendelin a ver el partido, pero yo no sabía cómo era la can-

cha. Y si no tenía camarines, menos íbamos a poder ducharnos después de terminar. O sea que lo mejor que iba a poder hacer con la Yendelin iba a ser llevarla pa su casa de vuelta. ¿Adónde la iba a llevar todo transpirado y lleno de tierra? ¡Putá la mala cueva! Y yo que soñaba con que esa iba a ser mi mejor tarde después del partido. Y buee... así es el 'fobal'. El diez de ellos tiró un centro al área y el Pirulo saltó con el nueve y lo tiró como a cinco metros. El Pirulo es de un metro noventa y no anda con hueás cuando hay que saltar para despejar centros. Se le fueron como cinco contrarios encima y este ya se iba a poner a repartir combos. Menos mal que lo paramos, si no todavía estaríamos tratando de salir de allí. Y para que no pasara a mayores, el árbitro, que ya estaba cagado de miedo, cobró penal. Putá la lesera. Ahí nos fuimos encima nosotros, pero cachamos que no sacábamos na, así que los dejamos tirar el penal. Pa más recachas, el Peyuco Rojas lo atajó. En vez de ponernos contentos con la atajada, nos preocupamos más. Casi le pido al árbitro que lo tiraran de nuevo, que habíamos invadido el área o cualquier cosa, pero me arrepentí al ver que el Poncho me mandó media mirada diciéndome que si estaba hueón o qué. Así que calladito me fui pal medio y esperé el saque de fondo de nuestro arquero. La pelota le cayó al Chueco, él es el ocho del equipo y el que tira los mejores pases de treinta y cuarenta metros. Recibió y la jugó con rapidez al Rucio Valdés. A ese no lo pilla nadie cuando pica por la punta derecha. La echó a correr y llegó a la raya de fondo. El lateral de su lado ni lo vio. El Rucio levantó la cabeza y tiró el centro al Toronjo, el nueve nuestro, que venía entrando. El arquero de ellos salió con Toronjo y todo, casi lo desarma al pobre. La pelota me quedó a mí, a la entrada del área y antes de que me llegaran como tres zapatos de fútbol a triturarme el tobillo completo, le pegué un puntete que se fue rozando el vertical izquierdo. Menos mal que no lo hice, pensé para mis adentros. Definitivamente, esa tarde no podíamos salir de allí de ganadores. Fuimos a buscar lo que quedaba de nuestro nueve tirado en el punto penal,

sangrando de las narices y con una rodilla toda pelada. Pa la cagá el pobre Toronjo. ¡Cambio! No podía seguir jugando así. Entró el Mario Canario, un tonto de dos metros, medio malo pero un tractor cuando agarraba vuelo con la pelota en los pies y muy buena persona, al menos que sirviera pa que se asustaran un poco los contrarios. Siguió el partido sin muchas emociones en los arcos, aguantando el tremendo tierral que se levantaba cada vez que se disputaba el balón entre tres o más jugadores. Tanto así que algunas veces no sabía pa qué lado estaba el arco nuestro o el de ellos. Era una pérdida total de la noción del tiempo y el espacio. Terminó la primera etapa y a esas alturas el empate a cero era un triunfo para nosotros. Miré pal lado, donde estaba la Yendelin, y la vi conversando muy de lo lindo con un par de jotes de la barra contraria. Mucha risa y muchas miradas. Y pa más remate, andaba con esos bluyines blancos que solo ella los sabía rellenar tan rebien. Era rica la Yendelin. No le presté atención a las instrucciones del técnico, o sea, ni lo pesqué. Solo veía a la Yendelin conversa que conversa de lo más entretenida, mientras yo y mis compañeros íbamos a la lucha nuevamente y quién sabe si terminaríamos vivos. Encontré de muy poca conciencia social de parte de ella su actitud hacia el equipo. Partieron ellos. Se puso a llover. A los diez minutos de agua, la cancha era un barrial. Nosotros, que estábamos de blanco, ya no, estábamos de café. No se distinguían los números de las camisetas. A algunos ni la cara. Ellos, al parecer acostumbrados a su cancha con barro, se nos fueron encima con todo. Poco fútbol, pero muchas ganas. Y nosotros entre tratar de cachar quiénes eran los nuestros y evitar las patadas que seguían dando los contrarios, descuidamos el arco y nos hicieron un gol. Lo gritaron como si hubieran ganado el campeonato mundial. Miré pa fuera y la Yendelin ¡estaba gritando con ellos! La hueá dramática, no lo podía creer. Los compañeros míos se dieron cuenta y me miraron con lástima y eso fue lo peor. Decidí, en esa fracción de segundos en que el escenario es todo tuyo, en que la lluvia y el barro se convierten en tus aliados,

en ese immaculado instante, pensé que sería el héroe de la jornada. ¡Sí señor! Agarré la pelota y me fui al centro de la cancha. Le dije al Canario que partiera tocándomela a mí. Me pasé a uno, la pisé, le hice un túnel al que me salió con malas intenciones, avancé hasta llegar a la entrada del área, al semicírculo y el central de ellos me barrió sin asco y sin pelota. ¡Foul! Tiro libre con posibilidades de anotar, habría dicho el relator si existiera. El Leo Muñoz fue a tomar la pelota y yo se la gané. Le dije, poniéndole color, que no podía quitarme esta oportunidad que me daba la vida y el fútbol, de hacer un golazo e ir a gritárselo a la Yendelin a la orilla de la cancha y darle el manso beso delante de los dos mermeladas que estaban todo el partido haciéndose los lindos, cuando más encima eran terribles de feos. “¿Cachai, Leo, lo que te estoy pidiendo?”, le dije, porque él era siempre el encargado de tirar los tiros libres, así que era necesario que le explicara, pa que me entendiera y no se pusiera hueón y no me dejara tirarlo. Menos mal que me cachó lo emocionado que estaba y me dejó. Puse la pelota en un pedazo de tierra en que no había poza de agua, logré que quedara inmóvil y retrocedí pa agarrar vuelo y mirar que la barrera estaba apenas como a siete pasos. Le reclamé al árbitro y el muy atrevido —dadas las condiciones— contó los diez pasos de distancia, pero la barrera se adelantó igual nomás. Nada que hacer. Miré al arquero que estaba bajo el travesaño tratando de ordenar su barrera y con el barro hasta los tobillos. La pelota solo tenía que pasar la barrera y por sobre los brazos del arquero. Estaba seguro de que era imposible que saltara, el barro ya le tapaba los zapatos de fútbol. Sonó el silbato, hice la carrera, le pegué con borde interno, pasé la barrera y le pegué al travesaño, la pelota volvió y le pegó en la nuca al arquero que estaba pegado al suelo. ¡Gol! ¡Gooool! Partí corriendo hasta donde estaba la Yendelin, antes de que me agarraran mis compañeros pa celebrar, la abracé y le di el tremendo beso con lengua y todo. La dejé toda embarrada y con los medios ojos abiertos mirándome y no sabiendo cómo reaccionar. Yo no le di

tiempo y partí donde mis compañeros a celebrar y gritar el gol del empate.

Si no es por la lluvia y el barro nunca hubiera hecho ese gol de tiro libre. Fue una jornada inolvidable, como diría el comentarista al borde de la cancha. La visita se fue con un punto de oro, en una cancha donde todo le fue adverso. Partiendo por el tierral, luego por la lluvia y el barro, y un equipo contrario muy violento favorecido con la complicidad del árbitro. Lo mejor de todo es que la Yendelin no me esperó y se fue en el auto con el presidente del club, y yo me fui en la micro con todos los cabros celebrando y gritando ese gol de tiro libre que nunca más repetí.

Tiempo después, en otros partidos memorables, recuerdo a la Yendelin mirando desde la galería con ese cuerpo suyo que me atontaba por segundos, a veces por horas, y que luego de algún encuentro muy cercano, tardaba días en quitármela del cerebro. Ella fue mi primer amor, pero después de ese partido en la cancha de tierra del Palermo F.C. y de su actitud tan poco solidaria, me juré olvidarla. Pensaba sobre mí un principio ético que me impedía seguir enamorado de ella. Un día incluso, me pidió perdón, pero yo, aunque tuve recaídas, debo reconocerlo, no volví, me mantuve firme y decidido. No fue fácil, claro que no, pero el club y mi equipo estaban por sobre todas esas cosas y dificultades que la vida te propone.

Hoy, ya jugando en los seniors dorados del club, la veo de repente acompañando a su marido, el Guatón Genaro, que juega de diez, pero ni corre ni salta a cabecear, eso sí que todavía le queda el buen pase al compañero, pero nada más. Y ella... y ella definitivamente no es la misma. Los años se notan siempre más en las mujeres que en nosotros y siempre que la miro, prefiero quedarme con la imagen de la Yendelin joven y de ese beso que le di en esa cancha de tierra y de barro, después del único y mejor tiro libre que ejecuté en mi vida.

NO ERA TAN BUENO ESE CENTRAL

En el entretiempo del partido, el central Ramiro Zúñiga, el Canilla que le decían, sintió una molestia en su rodilla derecha. Como que algo le pellizcaba la articulación. Ahí donde termina el fémur y comienza el otro hueso. Movi6 con fuerza la pierna, salt6, cay6 con la punta de los pies y luego con los talones, y la molestia seguía. Encogía, estiraba y nada. Tuvo que salir. Pidi6 el cambio y no volvi6 más.

Hoy día, treinta y cinco años después, los jugadores y simpatizantes del club Inés Larrondo de Sauzal Bajo, lo recuerdan como un central fiero en la marca, bravo en el cabezazo y débil con el balón en los pies. Pero sobre todo porque al Canilla, exactamente cien días después de su lesión, lo encontraron en la mitad de la cancha con un balazo en la cabeza, muerto.

De cabro chico que el Canilla quiso ser futbolista. Su papá lo inscribi6 en el club del barrio, el glorioso Inés Larrondo, que nunca supo de muchas glorias aparte de un vicecampeonato de verano, por allá por el año 1960, el mismo año en que naci6 el Canilla. Lleg6 a jugar a la tercera infantil con once años recién cumplidos. Como era medio grandecito, lo pusieron altiro de central, con la camiseta número 5 en la espalda. De allí no se sac6 nunca más esa camiseta. Él siempre decía: “Con la 5 hasta la muerte”. Y así nomás fue.

Empez6 a crecer y a jugar por su club. No era muy bueno pal colegio. Él quería ser futbolista profesional, salir en la tele y viajar por el mundo. Eso quería el Canilla, pero no a todos los jóvenes de los tantos y tantos clubes de fútbol del país los toca la varita mágica del

destino dorado que promete este deporte. Y en este caso, al Ramiro Zúñiga, alias Canilla, esa varita mágica nunca ni siquiera pasó por el lado de él. Nunca ni siquiera intentó rozarlo para que se convirtiera en el tan deseado futbolista de renombre que anhelaba ser. Nunca.

Así que, dadas las circunstancias, nuestro central del Inés Larondo pasó por todas divisiones cadetes del club, hasta que cumplió dieciocho años y se convirtió en adulto. Llegada esta edad, había que tomar una decisión, la cual consistía en determinar en qué serie adulta iba a jugar el Canilla. En Primera, donde juegan los mejores, los crack de la población. En Segunda, donde ya la calidad no es la misma y están los que transitan algunas veces en Primera y otras en Segunda, y así se llevan. Ni tan buenos ni tan malos. Y en Tercera, donde juegan los que, por calidad, no pueden jugar en las otras series. Es decir, no les da pa más. Considerando la trayectoria del Canilla, mas no la calidad, el director técnico de la Segunda Serie lo consideró en su plantel y lo dejó allí. Estaba falto de un central y el joven podía servirle. Transcurridos varios partidos del campeonato, el cabro no daba el ancho y se mandaba errores que muchas veces les costó el partido. El técnico lo probó de 2, de 4, de 6, donde no hiciera tanto daño, pero no hubo caso. Era muy inseguro con la pelota en los pies. No saltaba a cabecear. Andaba perdido en la marca, así que terminado el año, el técnico de segunda prescindió de él. Llegado el otro año, en el comienzo del campeonato, en la sede del club, como era costumbre, se publicaron las listas de los jugadores que iban a participar en cada serie y el Canilla, con mucho pesar, se encontró con que estaba incluido en la Tercera Serie. Pero como siempre, él, de carácter retraído y humilde, acató la decisión y no puso problema. En el primer partido del campeonato, allí estaba el Canilla con la 5 en la espalda defendiendo los colores de su glorioso club.

Su paso por la Tercera adulta del club de sus amores fue de altos y bajos. Tenía partidos extraordinarios. Todas las pelotas que llegaban al área eran rechazadas por la cabeza del Canilla. Algunas

veces, incluso, las paró de pecho y salió jugando, situación muy escasa dentro las cualidades del jugador. Pero otras perdió todos los cabezazos, quiso salir jugando y la regaló, con el consiguiente resultado del gol contrario y la furia de la barra que le recordaba todas sus malas salidas y fallidos cabezazos. Como siempre sucede con los exististas y malagradecidos, solo quedan en sus recuerdos las malas actuaciones y errores cometidos. Nadie rememora las otras, las buenas, que de verdad no eran muchas pero existían, y en honor a la verdad, también salvaron algunas veces a su equipo, no muchas veces, pero salvaron.

Lo que sí tenía el Canilla y nadie lo podía poner en duda ni negar, porque su actitud en la cancha y en la vida así lo demostraba siempre, era un corazón del porte de un buque. Había que poner plata para el desayuno de los cadetes el domingo en la mañana, ahí estaba el Canilla con sus luquitas. Había que acompañar al compañero caído en batalla con la rodilla lesionada, ahí estaba el Canilla en el hospital esperando que lo atendieran, y luego llevándolo a su casa. Faltó plata este mes para pagar el arriendo de la cancha, ahí estaba el Canilla poniendo lo que faltaba, con hartó sacrificio pues su bolsillo no era el de los que tenían más. De ahí arreglamos, cabros, no se preocupen. Una vez, al Juan Chico, jugador de Primera Infantil y un crack, con un futuro promisorio para él y para el club, se le rompieron los zapatos de fútbol y su papá, el Juan Grande, gran jugador de antaño y que ahora solo vivía de los recuerdos y la caña de vino, nunca supo ni le interesó el problema de su hijo futbolista. Pues bien, muchos años después se supo que el Canilla, haciendo un gran esfuerzo económico le compró los zapatos al Juan Chico y se los regaló con la condición de que no le contara a nadie. El secreto quedaba entre ellos nomás. Y así se pueden contar mil historias que retratan de cuerpo entero la naturaleza generosa del Canilla. Generosa sin pedir nada a cambio. Generosa de hombre de pueblo, apegado a su tierra y a su club.

Una vez, en la celebración del aniversario del club, un 18 de septiembre, estando en lo mejor del bailoteo y la tomatera, el Chelo Vargas, jugador de Primera y seleccionado del pueblo, el mejor 10 que había tenido el Inés Larrondo en toda su existencia, empezó a gritar y a gesticular muy alterado. De repente, con el paso vacilante que otorga el buen beber, lo vimos partir a la pista de baile y agarrar de un brazo a la Mireyita, su novia de toda la vida, y le planta el tremendo aletazo que la tiró de espaldas. Y se da vuelta para encarar al que en ese momento bailaba con ella, diciéndole que la cortara, que la Mireya era de él, y que no se atreviera a acercársele nunca más. Todo esto con la mejor batería de garabatos y groserías dedicadas a este atrevido. Resultó pues que el bailarín aquel era el Canilla. Y fue tanta la rabia que le dio por la actitud violenta y sin razón del Chelo con la Mireyita, que le puso el tremendo combo en el hocico al ofendido y se acabó altiro la pelea, algo extraño en él siendo hombre calmado y sereno. Al pobre Chelo tuvieron que armarlo de nuevo y estuvo como tres fechas sin jugar. Tenía buen puñete el Canilla. Y resultó que después de este acontecimiento dieciochero, al poco tiempo, al Canilla se le vio muy bien emparejado con la Mireyita. “Hacían muy buena pareja”, era el comentario de todos en el club. Ella trabajaba en la farmacia y él en la agricultura. Pero como en todos los cuentos que son de la realidad, los finales no son tan felices como uno quisiera. Este tampoco lo fue. El Chelo Vargas volvió a rondar a la Mireyita y de alguna forma que solo el amor puede entender, mas no la razón, ella volvió con él y el Canilla, hombre parco, sereno y ajeno al boche, se hizo a un lado diciéndole a quien quisiera oírle, que fue el destino el que no quiso que ella fuera para acompañar su vida. Así de simple. Y así de simple era el Canilla, tanto para reventar los balones que llegaban a su área con hambre de gol, como para darle explicaciones a su vivir y a sus tropezones.

Por esas cosas de la vida y casualidades que se chocan con nosotros sin que uno las busque, una noche de domingo, cuando el

Canilla volvía a su casa y a su soledad, después de toda la tarde en la cancha, disfrutando y sufriendo con el club de sus amores, porque así es el fútbol para quienes no lo saben, de disfrutes y sufrires. Ese es el verdadero, no el que nos vende la tele ni los comerciales. Sucedió pues que, llegando a su casa, lo estaba esperando un amigo suyo, de los pocos que tenía, porque el Canilla, de talante taciturno y serio, no le sobrarán los amigos, los de verdad. Bueno, este tampoco era muy de verdad. La cuestión es que el Rasta, que le decían así por la tremenda pelambarrera que llevaba auestas, y que era el goleador de tercera, pero iba tarde mal y nunca a jugar, le quería pedir un favor, pero que tenía que ser un secreto, no podía decirle a nadie. “¿Me jurai que no le vai a decir a nadie, Canilla?”. “Bueno, ya, te lo juro, pero ¿qué pasa?”. Entonces el Rasta le entrega un paquete envuelto en papel de diario. “Guárdame este paquete, que yo en unos días más lo vengo a buscar. Chao”. Y salió corriendo, perdiéndose en la oscuridad con su tremenda melena, como una capa que lo cubría todo. El Canilla se quedó boquiabierto, con el paquete en sus manos, sin saber qué hacer ni decir. Ya dentro de su casa lo desenvolvió, y cuál sería su ingrata sorpresa al descubrir que el dichoso paquete, que el Rasta había dejado en sus manos bajo su protección, era un revólver. ¿Qué hacer con un revólver? “Tamaño problemita en que me metió el Rasta”, pensó. Pero bueno, con la paciencia y generosidad de siempre, recordó su juramento y escondió el arma debajo de su colchón y se olvidó de ella.

Con el correr del tiempo y de la vida en el campo, el Canilla seguía en su club, con la número 5 en la espalda, acumulando años y kilómetros de fútbol. Llegó otra etapa en su pasar, importante pues señalaba que cumplía la edad necesaria para integrar la serie de viejos cracks del club, que con el tiempo y el cambio de costumbres idiomáticas en el país, pasaron a llamarse seniors. Pero el Canilla ni siquiera sintió el cambio, excepto porque ahora jugaba los sábados, pero los compañeros y el ambiente seguían siendo los mismos que

lo acompañaban ya por muchos años. Él era uno de la casa y más allá de que algunas veces era maltratado porque la faena no había sido buena, otras veces era el elegido de la jornada, porque un zapatazo suyo, en la última instancia entre la raya del arco y el área, había despejado esa pelota hambrienta de gol. Así seguía la vida y él, con la pasividad de siempre, la aceptaba.

El Canilla no recuerda con exactitud en qué momento del partido se produjo la lesión en su rodilla derecha. Ese pellizco en el costado externo que lo persiguió de ahí en adelante. Quiso volver a las canchas, creyendo que la lesión había desaparecido, pero no fue capaz. El dolor ese nunca lo abandonó. En la pega, caminando entre los surcos, cuando plantaba papas o venía la cosecha del maíz, o lo que fuera, allí estaba el dolor, la molestia. Se transformó en su eterna y maldita compañera. Al principio siguió yendo a la cancha, a ver a sus compañeros y amistades. Se tomaba unas cervezas, se comía un completo y seguía ayudando en lo que pudiera. El Inés Larrondo fue y seguía siendo el club de sus amores. Eso no podía quedar en el olvido por culpa de una estúpida y casual lesión. Pero el ser humano es de convicciones de acuerdo a las situaciones que lo acompañan. Si esas situaciones son negativas y no aportan al diario vivir, las convicciones que un día lo acompañaron comienzan a esfumarse, a desaparecer, si no hay un sustento palpable que las soporten. Y así fue con el Canilla. La triste verdad de ver cada sábado a sus compañeros disputar un partido y él solo poder mirarlo desde la galería, fue mirando esa porfía de estar allí alentando a su equipo y lo alejó. Ya los sábados no llegaban a su vida con esas ganas de irse a la cancha y compartir con sus camaradas de pelota, y fue alejándose más y más, hasta que llegó el día en que, sin decirlo ni siquiera pensarlo, de una forma simple e indolora, no fue nunca más.

El 8 de diciembre, justo cien días después de que había dejado de jugar, el Canilla estaba de cumpleaños. Cumplía 40 años, y de no ser por la lesión ese día habría subido a la otra serie de seniors, a

los de cuarenta. Pero no fue no más. La vida no siempre es como uno quiere. En realidad, nunca es como uno quiere. Tenemos que ir acomodándonos, amoldándonos, pero hay algunos que no lo hacen nunca y esos lo pasan mal. El Canilla se dio cuenta que desde hace algún tiempo andaba sin ganas. Sin ganas de levantarse a trabajar, sin ganas de comer, sin ganas de limpiar su casa, sin ganas de limpiar su cuerpo, cosa que siempre hizo y con mucho esmero. Pues ahora ni siquiera se afeitaba ni lavaba el pelo ni cuidaba sus uñas. Nada de lo que era importante en su quehacer diario le iba importando. Se sentía extraño, como que no pertenecía a este mundo. Decidió esa tarde de sábado, día de su cumpleaños, como en una chispa de supervivencia, hacer un cambio. Iba a limpiar su casa. Eso haría. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta del club que le habían regalado una navidad, la número 5, que la tenía por ahí medio perdida. Empezó por su pieza, que bien abandonada la tenía. Sacó cajas de cachureos, choapinos, bacínica, recuerdos del club. Un banderín y una copa chiquitita que decía “premio al socio cooperador”. La miró, la dio vueltas, la volvió a mirar y le vino una rabia enorme. Agarró la copa y la tiró por la ventana, quebrando el vidrio a su paso. Le dieron esa copa como premio al socio más cooperador con el club, pero él no quería eso. Él hubiera querido una copa o aunque sea un diploma que dijera “premio al mejor jugador de la temporada” o “premio al mejor central del año”. Algo así. Algo que dijera que él era bueno pa la pelota. No premiarlo por ser el mejor socio cooperador. De ese tipo de premios ¿quién se acuerda? ¿A quién le importa? Son una mierda, son un consuelo, son nada. Y para calmar su rabia y malos recuerdos siguió limpiando y desarmando. Tomó el colchón de su cama, lo dio vuelta y algo muy pesado cayó en su pie. Le dolió el golpe pero fue a ver qué era eso que le había caído. Encontró un paquete envuelto en papel de diario. Lo abrió y se encontró con el revólver que hace años le entregó el Rasta una noche en la puerta de su casa. De allí que no lo volvió a ver nunca más. Tiempo después supo por

ahí, que había caído en cana y de ahí nada. Tanto fue el olvido que incluso olvidó el encargo que le hizo esa noche. Y allí estaba, con el fierro en sus manos. Lo intruseó y vio que estaba cargado. Él nunca había usado un revólver. Solo escopetas, alguna vez que fue a cazar conejos con unos amigos del club, pero de eso hace mucho tiempo. “No debe ser difícil”, se dijo mientras lo daba vueltas y lo miraba, como tratando de encontrarle algún buen uso a esa herramienta que se había aparecido como por arte de magia encima de su pie. La dejó a un lado y siguió con la limpieza. Se encontró con una caja que dentro tenía varias fotos. En una aparecía él con el equipo y se acordó de esa vez que le ganaron un partido al eterno rival. Todos estaban felices, eran otros tiempos. Otra de una fiesta del club. Estaba con la Mireyita y otros más. “La Mireyita”, suspiró el Canilla, y se le pusieron llorosos los ojos. Pero rápidamente se pasó la mano por la cara y espantó las lágrimas que se venían atropellando por salir. Otra foto: aparece él en la galería con un grupo de incondicionales alentando al club. A su lado está el chico Aureliano, de lengua muy peligrosa el chico. Criticaba a todos los jugadores que le caían mal, fueran buenos o malos. En ese momento el Canilla se acuerda de que un día, saliendo del camarín, luego del partido de la Tercera en que habían perdido, va pasando por el lado del chico Aureliano y le oye decir: “No es na tan bueno ese central que recién jugó, ¿ah?”, refiriéndose a él seguramente. En ese tiempo no le importó el comentario ni le hizo caso. Pero hoy, tanto tiempo después, siente que le duele. Siente que quizás cuántas veces el chico repitió ese comentario y le hizo daño. Eso siente. Al final, cuando pensó que sería bueno limpiar su casa, ordenar su pieza y hacer aseo general, resultó que se encontró con puros recuerdos que le hirieron. Estaba oscureciendo y ya no tenía ni pizca de ganas de seguir con el orden ni el aseo. Que se quedara todo así nomás. Se sentó en el suelo y tomó el revólver, lo limpió con el borde de la camiseta que llevaba puesta y apuntó a un lugar

cualquiera. Hizo como que disparaba imitando el sonido con su boca, y bajó el arma.

Despertó en la oscuridad de su pieza, tendido en el suelo con la compañía de un delgado rayo de luna que entraba por la ventana. Se acordó de que alguna vez soñó con tener un hijo con la Mireyita, por supuesto. Y de chiquitito lo llevaría al club para que lo viera jugar a él. Y luego, cuando creciera, vestiría los colores del glorioso Inés Larrondo, y allí estaría él en la galería, hinchando por su hijo, el mejor 9 de la historia del club. Alguna vez soñó eso. Ahora debe cumplir con su destino. Se levantó del suelo con el revólver en la mano y caminó hacia la puerta principal. Salió. Miró al cielo y constató que la luna llena lo acompañaría en su recorrido en dirección a la cancha, a su cancha, la que hace algún tiempo abandonó, pero a la que ahora vuelve como el hijo pródigo que nunca olvida sus orígenes. La claridad de esa noche le ayudó a entrar al recinto sin problemas. Pasó frente a los camarines, abrió la puerta de madera que permitía la entrada al campo de juego y pisó la cancha, ahí, en el banderín del córner. Caminó por el borde y llegó al arco sur. Se detuvo en la mitad del arco y enfiló sus pasos hacia el círculo central. Cuando llegó al centro, allí donde nace el fútbol cuando se echa a correr la pelota, el Canilla se sentó en el suelo y cerró los ojos. Como una película en cámara rápida comenzaron a desfilar miles de imágenes de su vida y decidió, con todas las facultades mentales en su mayor equilibrio, que ya no tenía nada más que hacer allí. Ni allí ni en ningún otro lugar. Levantó su mano derecha con el revólver, lo apoyó en su sien y apretó el gatillo. El ruido del disparo que perforó su cerebro despertó a una familia de queltehues que anidaba en los sauces de la galería visitante, y salieron a gritar, como solo ellos suelen hacerlo, avisándole a todo el mundo que un desconocido con la camiseta número 5 se había suicidado en la cancha del glorioso club deportivo Inés Larrondo.

Con ese acto, el central Ramiro Zúñiga, el Canilla que le decían, cumplió su profecía cuando dijo: “Con la 5 hasta la muerte”. Y así nomás fue.

SE MURIÓ DON QUICO

—¿Qué será de don Quico? —preguntó el Negro Garín, mientras se tomaba la quinta cerveza después de terminar el partido de los viejos de 55 que habíamos empatado a 2.

—Don Quico se murió po hueón. ¿Cómo no sabíai? —le dijo el Carloncho, un defensa del club que siempre se creyó bueno, pero lo ponían de 4 solo porque nunca faltaba y llegaba de los primeros, con los zapatos lustrados más encima.

—¡Tai tonto, cómo se iba a morir, hueón! —le porfió el Negro—, si parece que yo lo vi el partido pasado en la galería, donde se ponía siempre. —El Negro jugaba de 6. Era el que repartía patadas al que se atreviera a cruzar la mitad de la cancha. Era fiero el Negro.

—No po, Negro —terció el Huaso Ibarra—, si don Quico se murió hace como dos semanas. Yo fui al velorio incluso.

El Huaso jugaba de central, era el rey del puntete, por eso, cuando le llegaba una pelota a sus pies y despejaba, nunca nadie sabía para qué lado iba a salir ese balón. Y si estabas muy cerca, mejor agacharse antes que recibir un pelotazo salido de los pies del Huaso. Lo más seguro era caer muerto ahí mismo.

—Chuchas, qué mala noticia, cabros —se lamentó el Negro Garín, abriendo otra lata de cerveza—. Era buena persona el viejo. Yo lo conocí hace harto tiempo. Don Quico era cuñado de un primo del Burro Galdames, ese que se casó con la Juanita, la hija del Moncho Rojas, el arquero de los viejos de cincuenta. Sí po, nos encontramos

varias veces en alguna celebración allá en la población. Era alegre el viejo y bueno pal jote. Él tomaba puro jote, eso me acuerdo.

—¿Quién se murió? —entró en la conversación el Pájaro Mondaca. Siempre llegaba atrasado a las conversaciones y a las pelotas. Era el 9 del equipo. En sus tiempos fue bueno, pero con los años le fue quedando el puro recuerdo. Lo peor es que se sigue creyendo bueno y a pesar de todos los goles que se pierde, todo lo malo es culpa de los demás. Mejor ni discutir con el Pájaro.

—Don Quico —le respondió el Carloncho.

—¿Cuál Quico? —siguió preguntando el Pájaro—. ¿Ese viejito que venía a vernos todos los sábados? ¿De terno y corbata? ¿Ese? ¿El que se juntaba con otro que venía en bicicleta y que le habían cortado dos dedos del pie derecho por la diabetes que tenía? Eran buena barra los dos viejos. No fallaban nunca.

—Ese mismo —terció el Tiburón González. Ese era el otro central que tenían los viejos de cincuenta. Lento como un bolero, pero medía como dos metros y saltar a cabecear con él, disputando una pelota, era un suicidio. Así que los que lo conocían, mejor se hacían a un lado y lo dejaban saltar solo.

—¡Putá qué mala cosa! —se lamentó el Pájaro Mondaca—. Era buen chato ese viejito.

—Escuché por ahí que en sus tiempos de juventud había sido un muy buen mediocampista —se puso a contar el Huaso Ibarra—. Jugaba de 8 me dijeron. Siempre fue chiquitito y flaco, pero tenía una zurda extraordinaria.

—Sí po. Salió campeón con el Ferroviarios F.C. por allá por 1970 —confirmó el Negro Garín tomándose la séptima lata de Cristal—. Después supe que lo contrataron de un banco y allí terminó jugando. En esa época los bancos contrataban a muchos futbolistas para llevarlos a sus equipos. Armaban tremendos planteles. Era buena esa competencia. A mí me invitaron un par de veces a parchar a los del Banco de Chile. Ahí trabajaba el finao Jurel Pérez. Él me invitó.

Era bueno el Jurel. Claro que el trago lo mató. Pudo haber sido mucho más.

—¿Así que don Quico jugó a la pelota? —preguntó un tanto incrédulo el Pájaro Mondaca—. Como siempre lo vi tan bien vestido en la galería mirando nuestros partidos, la verdad es que tenía poca pinta de futbolista. Y tan caballero que era también.

—Aaah, ¿y cómo voh? Seguro tenís la mansa pinta de futbolista —le dijo agarrándolo pal leseo el Tiburón González, sabiendo que el Pájaro se picaba ligerito.

—Bueno, no tendré pinta de futbolista, pero igual soy el 9 del equipo y titular de siempre —respondió la talla del Tiburón, pero igual medio picado.

—Sí po, titular porque no hay nadie más, pero ya no le hacís un gol ni al arcoírís po.

—Ya, ya, córtenla con sus tallas pesadas, que al final terminan enojándose —los separó el Rucio Gamonal, que era el capitán del equipo y jugaba de 10. Además, era el presidente del club y, mal que mal, todos lo respetaban. Claro que de 10 ya no había mucho que rescatar. Lo que sí tenía harto era guata y, por lo mismo, ya no se movía dentro de la cancha. Le quedaba, eso sí, su derecha, buenos pases de treinta metros y buenos tiros libres. Pero nada más. A veces no jugaba en todo el partido.

—¿Y de qué se habrá muerto? —preguntó el Negro Garín.

—¿Quién se murió? —dijo entrando justo al grupo el Keko Jorquera. Él jugaba de puntero derecho, de 7. Era cosa de echarle a correr pelotas nomás. Sabíamos que iba a llegar a todas. No había lateral que lo pillara. Lo único malo es que, haciéndose dueño de la pelota, estuviera donde estuviera, siempre tiraba un centro. Era como un reflejo condicionado. No sabía hacer otra cosa con la pelota que tirar centros. Pero igual era una gracia con la edad que tenía, rondando los sesenta, mantener su velocidad intacta. En realidad, siempre le decíamos que debió practicar atletismo en vez de fútbol.

—Don Quico po, Keko —le respondió medio tostado el Pájaro Mondaca.

—Ah, y ¿de qué se habrá muerto? —volvió a preguntar el Keko lo que ya había preguntado el Negro Garín.

—Parece que estaba malito este caballero. ¿Vieron que estaba cada vez más flaco? Me dijeron que tenía un cáncer, pero que no se cuidaba, así que los últimos días se fue rapidito —contó el Pulpo Soto, el arquero de los viejos. Lo de Pulpo era por lo pegajoso que se ponía cuando se curaba, no era por ser buen arquero. La cruda verdad sea dicha, el Pulpo Soto era malo donde lo pusieran. Y hubo una vez en que se fue el arquero titular que siempre tuvimos y este no halló nada mejor que ponerse al arco. Por esas casualidades de la vida, se pegó unas buenas atajadas y ganamos ese partido, así que de ahí no salió más del arco y tuvo la titularidad ganada. Pero lo que lo hace seguir jugando ahí es lo buena persona que es. Todo el mundo puede contar con el Pulpo pa lo que se necesite. Nosotros le decimos que a veces llega a ser hueón de tan buena gente que es, pero ya no lo vamos a cambiar. Ni por lo buena gente ni por lo malo pal arco.

—En el velorio conversé con una prima de don Quico —comenzó a contar el Huaso Ibarra— y me dijo eso, que le descubrieron un cáncer no sé dónde y que fue todo muy rápido. Ni siquiera sufrió mucho el hombre.

—Triste la historia po, sobre todo cuando hablamos de viejos que se encariñaron con el club así porque sí nomás po, sin una razón que se conozca —reflexionó el Cordero Farías como despertando de un sueño, porque así era el Cordero en la cancha, nuestro 11. A veces pasaba la mitad del partido y parece que no tuviéramos puntero izquierdo. Como que se quedaba dormido y por esa punta no existía jugador. Le gritábamos, le echábamos chuchadas y nada. Y de repente empezaba a correr, a pedir pelotas, a enojarse con el árbitro. Tenía buena zurda el Cordero, pero sabíamos que no se podía contar

con él para todo un partido. Él era de lapsus, como decía cuando se tomaba unas cervezas. “Disculpen los lapsus, chiquillos”, era su frase favorita para que le perdonáramos que andaba pajareando.

—Lo peor de todo es que nosotros somos bien como las hueas —dijo levantando la voz el Aureliano Vargas. Este era el 2 del equipo. Nuestro lateral derecho, solo porque le pegaba con la derecha, cuando le pegaba, porque la mayoría de las veces le pegaba al delantero que venía con la pelota y, pa más mala cueva, casi siempre adentro del área. Putas que lo retábamos al Aureliano. Temblábamos cuando venía el delantero contrario a enfrentarlo y se acercaba al área grande. Qué no le gritábamos. ¡No le peguís! ¡Sin foul, hueón, sin foul! Pero no había caso. Sus estadísticas mostraban que, de diez enfrentamientos con el delantero, siete fueron penales. Lo peor es que no funcionaba en otro puesto. Donde lo pusieran se iba solo al lado de la raya de la cancha.

—Sí po, cabros. Somos pencaas —recalcó el Aureliano—. El viejo nos quería y nosotros no fuimos capaces de llevarle ni una corona de flores a su tumba siquiera po. Yo cacho que tenemos que mejorar eso. No puede ser, no puede ser —terminó diciendo con la lengua media traposita de tanto vino con Coca-Cola que se había tomado.

—Ya escucharon po. Los curaos siempre dicen la verdad y el Aureliano por muy curao que esté, nos pegó en los cachos, ¿cierto? —empezó diciendo el Pelao Lucho con su eterno cigarrillo en la boca—. Don Quico estaba con nosotros en la buenas y en las malas, como se dice, y cuando nosotros debimos estar con él, ¿qué pasó? Nos hicimos los hueones.

El Pelao Lucho era el 8 del plantel. Era flaco y pelao. También, al igual que muchos, con un buen recuerdo del mediocampista de una excelente derecha que habilitaba a sus compañeros y los dejaba solos frente al arco. Ahora solo el recuerdo y de repente algún buen pelotazo, pero solo de repente. Lo bueno que tenía era que cuando

decía las cosas no se andaba con rodeos. Al pan pan, vino vino, como acostumbraba a decirnos.

—En realidad, me da pena toda esta situación con la muerte de don Quico —habló el Negro Garín con una cara de pescao y ya medio quedándose dormido de tantas cervezas en el cuerpo.

—Es verdad que siempre nos lamentamos cuando ya los antiguos del club se mueren y ahí recién empezamos a acordarnos de ellos y a llorarlos —se lamentó el Rucio Gamonal—, pero cuando estuvieron vivos ni nos acordamos. Aparte de invitarlos de vez en cuando a tomarse un vino, nada más.

—Así somos nomás po —trató de seguir hablando algo el Pulpo Soto, pero no pudo continuar. Ya le había entrado agua al bote y luego teníamos que ir a dejarlo a su casa. Siempre terminaba así.

—Bueno, cabros, yo me voy yendo —anunció el Pájaro Mondaca—. ¿Te vai, Carloncho?

—Sí, vamos —afirmó el Carloncho, y los dos agarraron sus bicicletas y partieron perdiéndose en la noche.

Los viejos empezaron a despedirse y la sede del club se fue quedando vacía. El Makenzie, que era el cuidador de la sede y que alguna vez fue el gran centrodelantero del club hasta que una lesión temprana en su rodilla derecha lo dejó cojeando para siempre, nos decía que él podía escuchar las voces de algunos jugadores cuando todos se habían ido y se quedaba solo. El creía que las voces quedaban pegadas a las paredes, escondidas en los trofeos exhibidos en las vitrinas, colgando de las medallas, pero sobre todo en las fotografías que adornaban como recuerdo imperecedero la historia del club. Allí, en esas fotos llenas de jugadores de todas las edades y todas las clases sociales, está el corazón de este club. “Porque el fútbol no discrimina por ninguna razón”, decía el Makenzie. “Es la gracia de este deporte que los ve a todos por igual cuando entran a la cancha con su uniforme”. Estas frases eran como una máxima que rigiera su vida. “Las fotos me hablan todas las noches, me cuentan de las

alegrías y tristezas pasadas del club. Siento las voces de tantos que se han ido. Y ahora último, la voz de don Quico, el viejo chico y flaco que se hizo hincha del club y nunca supo realmente por qué, me dijo el otro día que parece que fue por las camisetas que usamos. Blanco, azul y rojo, igual que la selección. Y luego se encariñó porque siempre lo respetamos. Él decía que se sentía una persona importante entre nosotros. Lo tratamos bien y eso lo hizo ser un hincha más del club. Ganáramos o perdiéramos, ahí estuvo el viejo con nosotros. Fiel en todas". El Makenzie agarró la escoba y se puso a barrer y a ordenar la sede. Y en el acompañar del barrido y su cojera les hablaba a las fotografías de los héroes del club que colgaban de las paredes, a los que seguían y a los que se habían quedado en el camino, como don Quico, el viejito flaco y sonriente que nunca supimos por qué se hizo hincha del club.

ZAPATILLAS NUEVAS

Como a mediados de diciembre de cada año, terminadas las clases en Santiago, yo llegaba de vacaciones al pueblo donde vivían mi mamá y mis abuelos. Coelemu es un pueblo chico entre Chillán y Concepción. En esos tiempos, década del setenta, vivía de la agricultura, el comercio, y la única empresa era la vitivinícola, empresa que recogía toda la producción de uva de los alrededores y la transformaba en vino. Ese vino que alimenta a gran parte de la población en lugares y pueblos perdidos de nuestro país.

El pueblo contaba con la escuela de hombres, de mujeres, y el liceo; la iglesia evangélica y la católica en la plaza de armas, bien equilibrado en términos religiosos; la compañía de bomberos, el hospital, la municipalidad, la oficina de correos y dos grandes atractivos: el río Itata, que era un verdadero balneario de la zona, y la estación de ferrocarriles. De ambos tengo grandes recuerdos de niñez y juventud, que formarán parte de otra historia seguramente, porque ahora lo que me obliga a escribir estas letras tiene relación con la pelota.

Esa vez llegué a mi pueblo a gozar de mis vacaciones. Debo haber tenido unos trece años e iba preparado, como siempre, a que estas fueran inolvidables, entre fútbol, bañarse en el río, las reuniones en la plaza por la noche y el comienzo de los primeros acercamientos con el sexo opuesto. Pero definitivamente, a los trece años, si hay algo que destacar y poner en un lugar privilegiado de importancia, era la pichanga diaria.

Existía, en ese entonces, una ordenanza municipal que prohibía expresamente que alguien practicara deportes en los jardines de la plaza. Cuando digo “deportes” me refiero a jugar a la pelota. No había más. Y esta ordenanza la hacían cumplir con cierta desidia, diría yo, o más bien de mala gana, los carabineros. Por lo demás, tampoco existían “los jardines” a los que hacía referencia la ordenanza aquella. Solo existían árboles y amplios espacios con mucha tierra. De jardines, nada. Y los árboles nos servían de arcos y también para delimitar las dimensiones de nuestra cancha que, de no existir, esta no se acabaría nunca, y eso era muy difícil de reglamentar. Así que éramos nosotros y los árboles nuestros cómplices.

Alrededor de las seis de la tarde me fui a dar una vuelta a la plaza, que quedaba muy cerca de mi casa, a ver si encontraba algún conocido o, derechamente, a ver si estaban jugando los cabros. Antes de viajar, en Santiago, mi tía con quien yo vivía en la capital me había comprado unas zapatillas North Star, muy de moda en esa época. Eran de lona, de color café claro y cordones blancos, lindas las zapatillas. Vi un grupo de niños conversando, no más de cinco o seis, en el lugar que ocupábamos como nuestra cancha, y me acerqué. Reconocí a dos de ellos, al Juan Chico y al Nan. Nos saludamos sin mucha efervescencia, propio de niños de esa edad. En realidad, nuestra amistad pasaba por jugar a la pelota los veranos y nada más. O sea, amigos, tal cual se define la palabra, no éramos. Entonces, como antes de llegar yo eran cinco, conmigo pudimos comenzar a jugar tres por lado. Los dos más buenos empezaron a elegir y quedamos listos. De pronto noté que algo querían decirme, pues me miraban con insistencia y yo no entendía qué pasaba. Les pregunté por qué no empezamos y me dijeron que yo no podía jugar así. ¿Así cómo?, les dije. Con zapatillas, me respondió Juan Chico. Recién ahí me di cuenta de que era el único que tenía calzado en mis pies. Todos andaban a pata pelá, así que obligado a sacarme mis lindas zapatillas y a jugar en igualdad de condiciones. Me las desabroché y las puse arriba de un

árbol que correspondía al vertical izquierdo de nuestro arco. Allí quedaron y comenzamos el partido. Con el correr de las horas se fueron agregando más jugadores, tratando siempre de ser equitativos y que los más buenos no fueran quedando todos en un mismo equipo. Eso es algo natural en cualquier pichanga. No hay que estudiar mucho para saber hacerlo. Estos encuentros se extendían hasta muy entrada la noche, y eran continuamente interrumpidos por una patrulla de carabineros que pasaba espantando a estos cabros que no paraban de jugar. Siempre había alguno de nosotros que los veía primero y avisaba “¡los pacos!”, y salíamos corriendo a desperdigarnos por la plaza de tal manera que, si decidían perseguirnos, fuera imposible pillarnos. Como a las once de la noche sentí que mi mamá me llamaba. Tenía que entrarme. Ya era demasiado. Todos nos dimos cuenta de que era muy tarde, así que terminamos el partido quedando en vernos al día siguiente. Llegando a la casa, lo primero que debía hacer, antes que nada, era lavarme los pies hasta las rodillas, pues se imaginarán cómo quedé después de esa pichanga memorable de — al menos— tres horas seguidas. Estaba secándome los pies cuando empiezo a buscar mis zapatillas para ponérmelas y me acuerdo, con terror, de que las había dejado en el árbol de la plaza. “¡Mamá, dejé mis zapatillas en la plaza!”. Decir eso y salir corriendo a buscarlas fue un solo acto. Llegué en cinco segundos y allí estaban mis nuevas y bellas zapatillas, esperándome arriba del árbol en que las había dejado. Ahí recién respiré con alivio, pero fue un susto muy grande.

Siguieron las pichangas en la plaza. Cada día los equipos se iban fortaleciendo más y también mis pies, que ya podían soportar las piedras y palos que inundaban nuestra improvisada cancha. Ya nada nos detenía.

Un día, al Bicho lo invitaron a jugar un partido en el estadio del pueblo que quedaba detrás de la estación de trenes y nos llegó con la noticia. Quien nos invitaba era otro grupo de niños que jugaba también todos los días, pero en otro lugar, en las afueras del

pueblo, y el papá de uno de ellos era carabinero. Eso lo supimos después, y por ahí anduvimos entendiendo también por qué nunca nos habían detenido en las continuas rondas que hacían. Así que, al día siguiente, partimos todos al estadio. Al fin íbamos a tener un enfrentamiento en serio con otro equipo y en una cancha de verdad. Eso de “estadio” en realidad no era tan cierto, era más bien un título para darle algo de importancia a una cancha de tierra rodeada de una cerca de tablas, a través de las cuales podíamos entrar sin ningún problema, y eso fue lo que hicimos. Para todos nosotros era la primera vez que íbamos a jugar un partido en una cancha de fútbol. La veíamos inmensa y no sabíamos cómo distribuirnos en el campo, a excepción del Ratón Gamonal, que era arquero, así que para él era muy fácil saber dónde tenía que ponerse. Claro que cuando lo hizo se veía realmente como su apodo, un ratón. El arco era inmenso. Ojalá que no le llegue ninguna pelota, pensamos todos, porque no la iba a alcanzar nunca. Renunca. Mientras estábamos tratando de decidir por dónde iban a ir cada uno de nuestros jugadores, llegaron los contrincantes. Todos ordenados y con camisetas rojas. Algunos con zapatos de fútbol, otros con zapatillas y con el papá carabinero dándoles instrucciones. Nosotros nos miramos, cada cual con su ropa de todos los días. Los pantalones eran los mismos que usábamos para bañarnos en el río. Había dos con los zapatos de la escuela, con los cuales estaba prohibido chutear una pelota, otros a pata pelá y yo con mis zapatillas North Star. El Guatón Ramos, que era el más grande de nosotros, nos ordenó un poco, lo que se podía nomás. Con algo de vergüenza al principio, pero luego con mucha hidalguía, el Juan Chico, nos dijo que íbamos a jugar como siempre lo habíamos hecho, así que todos a pata pelá, y empezó el partido. Ellos estaban tan desordenados como nosotros, y por más que gritaba y aleteaba y los retaba el papá carabinero —así como son los carabineros—, el desorden era general. Parecíamos pollos detrás de la gallina. En este caso la gallina era la pelota, hasta que se arrancó un chiquitito de

ellos, entró al área y disparó al arco con un feroz puntete. El Ratón Gamonal la vio venir, pero ya era demasiado tarde y no llegó nunca al rincón donde se metió esa pelota. Uno por cero perdíamos. Terminó el primer tiempo y tratamos de ordenarnos un poco, pero no era fácil la situación. Además, jugar contra un equipo en el que todos tienen sus pies protegidos mientras los nuestros no ya era difícil. Partimos nosotros y el segundo tiempo fue igual que el primero. Todos persiguiendo la pelota y tratando de llegar al arco rival. En una de esas, el Nan, que era muy rápido, se arrancó y le tiró un pase al Juan Chico. Este entra al área y el Pelao Inostroza, que era un tremendo guailón, le hace el manso foul. “¡Penal!”, gritamos todos, y el árbitro lo cobra. Ahí se nos vino otro problema. Nos quedamos mirando. ¿Y quién lo tira? Nunca nadie de nosotros había tirado un penal en su vida. Tamaña responsabilidad. Ni se nos había pasado por la mente que tendríamos que afrontarla, ¡que alguien tendría que afrontarla alguna vez! Todos mirábamos al Juan Chico, que era como nuestro líder, y este nos miraba a nosotros sin tomar ninguna decisión. El árbitro agarró la pelota, se fue debajo del arco y se devolvió contando los doce pasos. Marcó el punto penal y puso la pelota en el piso. Nosotros seguíamos mirándonos. En eso el Juan Chico mira detrás del arco, que había sido nuestro arco en el primer tiempo, y ve unas zapatillas North Star de lona café y cordones blancos, y me dice: “Pepe, tíralo tú. Soi el único que tiene zapatillas”. Debo haberme puesto pálido, porque mis compañeros me miraban con una lástima que inundaba toda la cancha. Yo sentí la voz del Juan como en esas películas de Semana Santa donde se abría el cielo y les hablaba Dios a todos sus seguidores. O sea, la voz retumbaba kilómetros a la redonda. Así sentí la voz del Juan, como una sentencia de muerte. Me di cuenta que no podía rechazar la orden. Estaban los contrarios y mis compañeros y el papá carabinero y varios mirones que se habían puesto a ver el partido. O sea, la orden había que cumplirla. Caminé hacia donde había dejado mis zapatillas, me sacudí los pies y me las

puse. Luego me dirigí al punto penal, donde me esperaba la pelota, que parecía un globo gigante al lado mío. Yo no sabía cómo le iba a pegar, si tenía que tomar mucho o poco vuelo, ponerme de frente o de lado. En ese tiempo los términos “borde interno”, “borde externo”, “empeine”, eran como palabras de otra galaxia que nadie conocía. Me eché para atrás como cinco pasos y miré al arquero. Era un guatoncito chico y con tanto miedo como yo. Seguro lo habían puesto al arco por guatón y chico. Eso era una ley. Miré a mis compañeros y ellos me miraron como dándome fuerzas, pues de mí dependía el empate y nuestro honor. Empecé la carrera, que parece que duró como una hora, y le pegué a la pelota como nunca le había pegado. Sentí que se me iba la vida en ese chute y luego cerré los ojos. Solo oí el grito de gol de mis compañeros y luego todos tirándose encima de mí, gritando y palmoteándome, en una demostración de felicidad que solo quien ha jugado a la pelota y convierte un penal de última hora lo puede entender. Había metido el gol y era el héroe. Luego terminó el partido y empatamos. Nos fuimos a nuestros hogares y pasamos por la fuente de soda de las hermanas Fierro. Juntamos unas monedas y nos compramos dos Bilz chicas, que saboreamos entre los once jugadores, los once futbolistas de la gloria. Yo iba con las zapatillas amarradas de los cordones y colgando de mi cuello. Cuando iba a imaginar que serían protagonistas de la tremenda hazaña recién vivida.

Los partidos en la plaza siguieron como si nada hubiera pasado. El mismo fervor, la misma responsabilidad de llegar a cierta hora, y el mismo fanatismo de jugar hasta que nuestras madres nos fueran a buscar muy tarde cada noche. Pero desde aquel partido en el estadio y el penal que convertí en gol, mis zapatillas y yo tuvimos el respeto que nunca creí poder tener. Ese respeto lo habíamos ganado en la cancha.

SIEMPRE QUISO ARBITRAR

Pedrito le decían todos, porque era chico y limpiecito. Siempre muy peinado y con sus pantalones cortos y suspensores. Zapatos bien lustrados y calcetines impecables. Camisa planchada, blanca o celeste. Él era ordenado por naturaleza, no porque su madre lo obligara o él estuviera preocupado del qué dirán los vecinos, no. Para Pedrito ser limpio y ordenado era lo normal. No concebía otra forma de presentarse. En la pichanga de la cuadra, las primeras veces, Pedrito jugó al arco y no le resultó bien. Le llegó un pelotazo en la cara y desde allí, le tuvo miedo a la pelota. Trató en otros puestos, pero ese accidente del pelotazo lo dejó marcado para siempre y, además, no soportó la tierra que lo ensuciaba, el sudor, los empujones y las actitudes competitivas. No, él no estaba para eso. Su personalidad de niño aseado, bien peinado y limpio en su vestir y su accionar diario, no le permitiría nunca ser parte de ese juego. Nunca.

Pero algo sucedió en su cabeza al dejar de ir a los partidos de sus amigos, algo que le decía que debía ir a verlos al menos, aunque no jugara. Como además era de esencia amistosa y alegre, comenzó a acompañar a los niños que todas las tardes jugaban a la pelota. La cancha era un pequeño sitio eriazos polvoriento rodeado de algunas casas. Los arcos eran dos piedras y los laterales por un lado: la calle, donde algunas veces pasaba un auto o camiones; y por el otro lado, las casas de los vecinos que soportaban los partidos de fútbol de todas las tardes. Pedrito se sentaba a un lado y se ponía a gritar instrucciones, a cobrar las faltas que creía que se cometían, y se enojaba

sin poder evitarlo cuando veía las trampas que se hacían sin que nadie detuviera tal atropello al juego limpio. Eso se fue transformando en una costumbre. Tanto que cuando había alguna “discrepancia”, por llamar así a una trifulca cercana a una guerra local, por una mano tramposa, un foul grosero o simplemente un gol que se marcó con el lauchero al lado del arco contrario, todos recurrían a él para que dirimiera la “discrepancia”. A tanto llegó la autoridad que imponía, que los jugadores optaron por pedirle formalmente que arbitrara los partidos. Pedrito no supo qué decirles y esa noche, ya en su cama a punto de dormirse, pensó en esa solicitud que le hicieron sus amigos peloteros y se sintió muy bien e importante. Creyó haber crecido de repente. Se acordó que tenía un pito de plástico que le salió en una sorpresa del cumpleaños de la Gabriela, su prima, y lo encontró en su velador. Lo sopló con todas sus fuerzas y, parado en la cama, apuntaba con su brazo estirado y el dedo índice hacia un lugar indefinido, como había visto que lo hacían los árbitros en un partido de verdad, con esa autoridad imposible de desconocer, y que todo el mundo aceptaba. Sus padres entraron atropellándose a su habitación con el susto que les hizo pasar ese tremendo pitazo, y cuál sería su sorpresa al verlo así, parado en su cama, inmóvil, apuntando a la pared el cobro de una falta invisible, y el pito plástico colgando de su boca.

Ese fue el comienzo.

Los partidos de la cuadra nunca más fueron los mismos. Poco a poco Pedrito fue llenando de reglamentos los encuentros. La hora de comienzo era estricta. Ya no se empezaba cuando llegaran o a la hora que quisieran. Incluso varias veces hubo un equipo que pasó bocover porque el otro no llegó a la hora señalada por el árbitro. Ese partido nunca se efectuó y se tuvieron que ir a casa sin jugar, a pesar de las conversaciones de alto nivel que se llevaron a cabo entre los dos capitanes y el árbitro. No hubo caso, la ley era la ley y se aplicaba. El lauchero no existió nunca más, la ley del ofsai era aplicada

con ojo certero por Pedrito. Nunca más manos tramposas, pelotas que traspasaban la línea del límite de la cancha. Nunca más fouls sin cobrar. Y miles de reglas que ni siquiera conocían, pero Pedrito las aplicaba como si en ello se le fuera la vida. Lo único que nunca pudo reglamentar fue la pelota que caía en la casa de la señora Eliana Bobadilla. Todos sabían, desde siempre, que de allí nunca volvería ese balón, a menos que el que la tiró lograra subir la reja y pasarse a la casa, tirar la pelota y salir rápidamente, sin que fuera descubierto por la dueña de casa. Eso Pedrito nunca lo reglamentó. Quedó al arbitrio de los jugadores.

El tiempo que, como todos sabemos, no se detiene, se confabuló para que le llegara a Pedrito la hora de decidir qué iba a hacer de su vida. Ya terminaba la época escolar y debía comunicarles a sus padres cuál iba a ser su futuro de estudiante. Ellos daban por sentado que el niño iba a estudiar en la universidad. Alguna ingeniería, medicina, leyes. Era un alumno notable. Siempre con buenas notas, nunca un problema de disciplina. O sea, todo indicaba que Pedrito iría a la universidad.

—Papás, ya he decidido lo que voy a estudiar: árbitro de fútbol.

El desmayo de la señora Edelmira y el ceño fruncido de don Pedro, acompañado del dolor en el costado producto del colon irritable, según dictaminaba siempre el caballero, no fueron impedimento para que Pedrito, tal como si estuviera explicando algún cobro entre jugadores enardecidos, les convenciera con una montaña de argumentos, que hace muchos años ya los tenía preparados para ser expuestos ante la posibilidad de que su decisión provocara lo que efectivamente provocó: el caos. Los padres, ante la evidencia irrefutable del joven, y muy a pesar de lo que ellos tenían planificado para él, no pudieron más que rendirse y aceptar lo inevitable. El niño sería árbitro de fútbol, el mejor árbitro de fútbol del planeta.

Pedrito, a esas alturas ya convertido en Pedro, ingresó al Instituto del Fútbol, única institución en el país que impartía la carrera

de árbitro de fútbol. Le hicieron los exámenes físicos de rigor y una encuesta que pasó sin problemas. Los seleccionadores que lo recibieron notaron en él cualidades sobresalientes para convertirse en árbitro profesional, así que su ingreso contó con la anuencia unánime de todos quienes participaban en el ingreso de los postulantes.

Pasó el primer semestre sin grandes contratiempos. Con notas sobresalientes en los ramos “Reglas del juego” y “Fundamentos del fútbol aplicados al arbitraje”, aunque los profesores encontraban una leve intransigencia en Pedro cuando surgía alguna discusión u opinión diversa a lo que él planteaba. Le costaba aceptar que hubiera otros que discreparan de lo que estaba escrito. Para él las reglas eran las reglas y no había discusión al respecto, ni siquiera alternativas o aplicación de criterio. Así eran y punto. En “Preparación física” andaba bien, pero tampoco de excelencia. Ahí era del montón, cosa que a él no le afectaba. Donde el asunto se ponía más peliagudo para Pedro era en los ramos “Habilidades psicológicas” y “Habilidades comunicativas”. A los profesores les costaba encontrar el equilibrio preciso para lograr que el alumno rindiera de acuerdo a lo que esperaban de él. Se exasperaba con mucha facilidad si el problema planteado era superior a lo que él manifestaba como verdad. Estas habilidades —psicológicas y comunicativas— nunca fueron parte de su crecimiento. Siempre hizo lo que le parecía y sus padres lo criaron y aguantaron así. Los compañeros del barrio aceptaron a Pedrito (en aquella época) porque les resultaba conveniente para arbitrar sus eternos partidos de fútbol en la calle. Por lo tanto, él creyó que todo lo hacía bien. Allí en el instituto comenzó a darse cuenta de que había más personas que pensaban distinto a él, pero que podían ponerse de acuerdo, y eso era muy difícil de aceptar.

Fueron pasando los semestres y Pedro aprobaba con altos y bajos, pero nunca se quedaba con ramos atrasados. Su primera práctica profesional la pasó medianamente bien, considerando que esta era con equipos de niños. Por lo tanto, su autoridad casi no te-

nía discusión, así que todo era muy fácil. En los últimos semestres pasó con muy buena nota el ramo “Ética profesional”. Allí no hubo problemas. La ética de Pedro era incorruptible. Sus padres lo criaron en un ambiente donde la vida debía regirse a partir de cánones muy estrictos y definidos. Allí no había discusión alguna, y eso Pedro lo asimiló en todo su cuerpo y espíritu.

Las exigencias crecieron a la par con su pasión por la carrera que había elegido para su vida.

Los últimos ramos que tuvo que aprobar fueron “Tecnología aplicada al arbitraje” y “Actualización de reglas del juego”. En el primero pasó sin grandes problemas, pero en el segundo tuvo dificultades, principalmente porque él siempre creyó que las reglas existentes eran las mejores y no pasaba por su mente que pudieran cambiarse. Para él no había nada que mejorar, todo estaba hecho y escrito correctamente. Es decir, no le encontraba sentido lógico al ramo y, por lo mismo, sufrió mucho para aprobarlo. En el ramo de inglés también tuvo tropiezos, pues nunca fue su fuerte el idioma. El problema de fondo fue que Pedro no pensó jamás en ejercer su profesión en otro país, ni le interesaba. Sus ambiciones no eran grandiosas. Con ser profesional y ejercer luego en su país ya estaba pagado. Sus expectativas no iban más allá, así que también el ramo de idioma lo pasó apenas. No porque le costara, sino porque simplemente le interesaba un miserable comino, como él decía.

Llegó el día de su examen de grado teórico y Pedro se presentó con su uniforme negro impecable: camisa negra manga larga, abotonada hasta arriba, con dos bolsillos, uno a cada lado del pecho, uno para la tarjeta amarilla y el otro para la libreta y el lápiz; pantalón corto negro, planchado con la raya muy visible y con bolsillos a los lados y atrás, uno para el pito de reserva y el otro para la moneda que usaría al comenzar cada encuentro. En eso había sido muy minucioso. Lanzaba la moneda al aire dando vueltas y la recibía en el dorso de su mano izquierda para mostrársela a los capitanes y dar comien-

zo al partido. Mil veces hizo esa prueba. Y el último bolsillo de atrás del pantalón era para la fatídica tarjeta roja, que Pedro nunca tuvo el menor resquemor en sacarla cuando —según él— correspondió hacerlo. Medias negras hasta el comienzo de la rodilla y zapatillas negras relucientes. Allí estaba, frente a la comisión examinadora que no entendía por qué el alumno iba con esa vestimenta si el examen era teórico. Ante la pregunta, Pedro les dijo, con toda la seguridad que lo caracterizaba, que él era árbitro en todo momento y más aún en esta circunstancia, donde debía rendir sus conocimientos. No podía estar vestido de otra forma. Los profesores se miraron extrañados, pero aceptaron los argumentos y tomaron el examen. El resultado no fue lo que algunos podrían haber esperado, pero aprobó sin distinciones. Eso a él no le preocupó. Su mente ya estaba pensando en el examen práctico dentro de dos días más, donde tendría que arbitrar un partido de adultos.

Pedro estuvo en la tranquilidad de su hogar, donde sus padres hicieron todo lo necesario para que su hijo no fuera interrumpido durante esos dos días a la espera del examen práctico final que definiría su futuro.

Los equipos estaban en el campo de juego y Pedro en el medio con sus ayudantes, como siempre con su vestimenta impecable, casi tan brillante como su peinado. Llamó a los capitanes para elegir lado o partida, y cuando fue a buscar la moneda para tirarla al aire y el capitán del equipo visitante eligiera cara o sello, no la encontró. Comenzó a buscar en todos sus bolsillos y la moneda no estaba. ¿La había dejado en el camarín donde se vistieron? ¿Se la habrían robado los guardalíneas para hacerle una broma pesada? Trataba de recordar, pero estaba seguro de que la había guardado en el bolsillo derecho del pantalón. Miró disimuladamente el pasto de la cancha a ver si estaba y nada. Comenzó a sudar. Su siempre perfecta estabilidad y equilibrio estaba desapareciendo. Les preguntó a sus ayudantes si tenían una moneda y estos respondieron que no. A sabiendas de que

eso significaba restarle puntos en el examen que estaba dando, salió del campo a conseguir una. Ya no había empezado bien y eso le distrajo profundamente. Lo sumió en una especie de letargo nervioso. No demostraba la tensión que vivía y por fuera todos veían al Pedro impenetrable como siempre, pero por dentro era pésimo el calvario que comenzaba a sufrir.

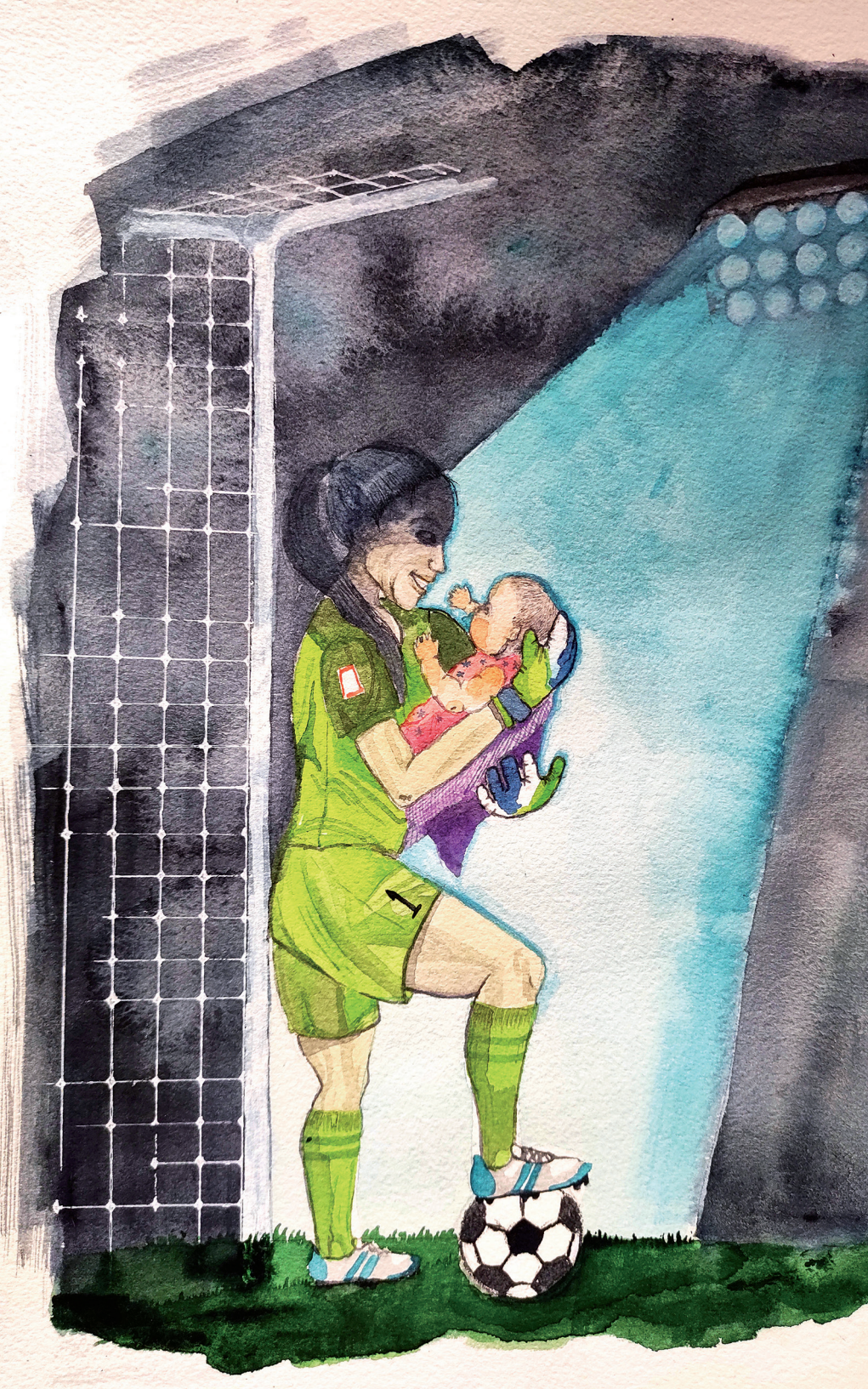
Los encuentros que servían de exámenes finales estaban preparados para tener excepcionales contratiempos para el alumno que se presentaba. Contratiempos que debían sortear de acuerdo a lo que correspondía a un alumno de último semestre y a un examen de grado. Pedro empezó a notar desde un principio los ánimos muy caldeados en los jugadores. Reclamaban casi todos los cobros por insignificantes que fueran. Un lateral, un córner, un foul en la mitad de la cancha, una mano evidente. Todo lo reclamaban y Pedro ya estaba perdiendo la compostura y, lo peor, la paciencia. El problema de la moneda aún le daba vueltas en su cabeza de hombre disciplinado y amante del orden estricto. No podía creer que se le hubiera olvidado. Desconfiaba de todos. Debí haber traído dos monedas, se decía. En lo sucesivo eso haría: se echaría unas tres o cuatro monedas al bolsillo. No podía volver a ocurrirle algo así. Se sentía menoscabado. De pronto ve que se le vienen encima reclamando airadamente los jugadores de un equipo, y no entendía por qué. Solo veía rostros enojados y gritos reclamando no sabía qué cosa. Se sintió desfallecer. Las piernas le temblaban y sudaba. Para peor, dentro de su inexplicable estado de desorientación, les sacó tarjeta roja a los dos jugadores que tenía más cerca y repartió otras amarillas sin ninguna razón. Fue como apagar el fuego con bencina. Se le empezaron a confundir los colores de las camisetas. Seguía sudando cada vez más y comenzó a gritar: “¡No me hable así! ¡Retírese! ¡No me toque! ¡Váyase de la cancha!”. Y empezó como enajenado a repartir tarjetas rojas. En su desesperación no encontraba su lápiz para ir anotando a los jugadores que echaba y a los que les ponía amarilla. El asunto se ponía

cada vez peor. Su cabeza era un caos. De pronto miró hacia el túnel que llevaba a los camarines y corrió desafortadamente hacia él y se perdió. Salió del estadio a la calle, y siguió corriendo. Muchas cuerdas después, en una plaza de no sabía dónde, sentado en un banco, se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar. Los que pasaban veían a un hombre disfrazado de árbitro de fútbol cubriendo con las manos su rostro bañado en lágrimas, lágrimas que brotaban sin control alguno y con profundos sollozos que estremecían todo su cuerpo.

Los partidos de hoy no tuvieron tanta presión ni intensidad. Arbitrar equipos de seniors en la cancha del barrio supone una tarde tranquila, normalmente piensa Pedrito cuando llega a su casa y realiza un repaso de la jornada. Como siempre, toma su cuaderno de notas, su "bitácora", como le dice, y anota los pormenores de los tres partidos que arbitró esa tarde: primer partido, seniors de 55 años, dos tarjetas amarillas, ningún incidente grave que destacar; segundo partido, seniors de 45 años, un penal cobrado, una discusión por una mano dentro del área que no cobró, ningún incidente grave que destacar; tercer partido, seniors de 35 años, tres tarjetas amarillas, una tarjeta roja por doble amarilla, ningún incidente grave que destacar. La disciplina y minuciosidad que siempre acompañó a Pedrito desde niño seguía siendo la misma. El horario de su trabajo de rondín en la fábrica de alimentos para perros y gatos, que tiene de lunes a viernes, le permite poder satisfacer su afición de siempre por el arbitraje y además ganarse unos pesos extras. Nunca falta en el pueblo, los fines de semana, algún partido amistoso donde lo llamen para que les arbitre. Él no cobra mucho y la gente lo respeta. No por nada estudió para réferi profesional y estuvo a punto de graduarse. Si no fuera por algunos problemas de salud que tuvo, que le impidieron terminar la carrera, hoy con la edad que tiene estaría a punto de jubilarse del arbitraje profesional, comentan los vecinos cercanos con un cierto grado de admiración.

Pedro, que volvió a ser Pedrito, luego de aquel aciago día de hace ya veinticinco años, vive con su esposa en la casa que le dejaron sus padres con quienes vivió hasta su muerte. No tiene hijos y lleva una vida apacible, como dicen los vecinos y quienes lo conocen. Es un tipo quitado de bulla. No es un hombre de muchas palabras. De su casa al trabajo y del trabajo a su casa. Aparte de ver televisión, acompañar a su señora al supermercado e ir todas las semanas al cementerio a arreglar la tumba de sus padres, Pedrito revisa y relee sus bitácoras, de las cuales tiene miles, ordenadas por fecha en un gran estante, como una biblioteca, siempre buscando formas de mejorar sus arbitrajes, algún error que remediar en partidos posteriores. Pero siempre encuentra en ellas algún disturbio, alguna incidencia, un reclamo destemplado de un jugador, que le provoca la misma reacción de hace veinticinco años y que no logra controlar. Se nubla su mente, le tiritan las piernas y el sudor lo inunda. Tiembla y no puede seguir, se ciega y abandona el campo de juego, sin antes repartir unas cuantas tarjetas rojas que enardecen a todos, público y jugadores. No oye las groserías y burlas que caen de la galería y corre, corre desaforado, con su siempre impecable traje de árbitro, hasta donde lo lleven sus piernas, y allí, en el rincón más oscuro y alejado de todos, llora.

[GOLES DE CAMARÍN]



EL MEJOR GOL

La Romina se fue ganando poco a poco la titularidad del arco y los hinchas del club ya la reconocían como una gran arquera. Y entre voladas de película, tapadas imposibles y achiques inspirados, el amor se cruzó en su camino y sin esperar el pitazo final, al terminar el segundo tiempo, el Yonny, el arquero de Primera, en un despeje descomunal, le hizo un gol maravilloso, de arco a arco, y del cual todo el público esa tarde salió comentando que ella se lo había dejado hacer.

Las manos de la Romina la habían sacado del anonimato y supo, a punto de terminar el campeonato, nueve meses después, que esas manos eran toda la protección que su hija necesitaría en la vida.



GOLEADOR

El Maikel llegó a la pega ese lunes tempranito. Se puso el uniforme, vació los basureros de las oficinas y limpió los escritorios. Desayunó su pan con mortadela y margarina que le compró a la señora Patricia en la esquina. Ayer domingo fue de gloria. Todavía andaba con la camiseta 9 y revivía los tres goles que marcó, con los que ganaron el campeonato. Ayer fue el rey de la jornada. El mejor, el respetado.

En un rato más van a abrir el banco y debe apurarse en limpiar los baños antes de que lleguen los funcionarios.



GRITO DE VIDA

Cuando el Rucio se elevó por los aires y sintió la nada bajo sus pies, se suspendió unas milésimas de segundo sobre el césped recién cortado y el sol iluminó su testa dorada, encandilando a los millones que veían su contorsión imposible, cerró sus ojos azules, pues se aproximaba la redonda verdad, y aplicó el parietal izquierdo esperando el choque inevitable y la dirigió donde era imposible que alguien llegara.

Solo en ese instante divino, sugargantaseunió a la de los millones y salió el grito de vida del pueblo: "¡Goooooooooooooooooooooooooo!".



GAROL KAMALUN

LAUCHERO

La verdadera gracia del “Lauchero” Sanhueza, el eterno goleador del Santa Olga F.C., recuerdan los veteranos del club, era estar siempre atento a la jugada, nunca ofsai. Salir un metro antes que los centrales. Chico y escurridizo, al “Lauchero” costaba pillarlo cuando echaba a correr la pelota. Pero la edad nos pasa la cuenta. Esa noche del asalto al supermercado al “Lauchero” lo dejaron de sapo, como siempre, pero ya no era el mismo, y cuando cachó que venían los pacos era demasiado tarde y la picó lento también. No pudo hacer la finta acostumbrada escondiendo la pelota y se comió entera la bala que lo tumbó. No alcanzó ni a entrar al área chica y se desangró en el punto penal.

LOCAL

03

VISITA

00



LA MUJER DEL 10

Ser la esposa del 10 es de mucha importancia, porque una puede andar con el 2 y defender y correr por la banda derecha toda la vida, o pololear con el 11 y perseguir todas las pelotas por la punta izquierda y pasar tirando centros. Pero la esposa del 10 es otra cosa, porque el 10 es el motor, el que pone la magia y también hace goles. Y cuando anda de buenas, hasta defiende ayudando al 3 y al 5 para salir atacando desde atrás. El 6 sale jugando con él para que habilite al 9 con buenas pelotas. El 10 recorre la cancha, anda por donde quiere. Él no pregunta. Al revés, todos le preguntan a él. El mundo está pendiente de sus movimientos, giros y firuletes. Yo ya estoy acostumbrada a ser la señora del 10. Antes me daban celos tantos abrazos y algarabía a su alrededor. Ahora no. Ya aprendí que para ser la mujer del 10 solo hay que saber manejar los tiempos, tener la mirada y la mente puesta en el pique del delantero y pegarle con el chanfle preciso para que la pelota entre donde no llegan los arqueros. El secreto de la compañera del 10 es saber, por sobre todo, esconderle la pelota, y cuando menos lo piense, jugando con la sorpresa, dejarlo creer que la magia está en sus pies, cuando siempre estuvo entre mis piernas y mi cerebro.

Esa es la verdadera mujer del 10.

ÍNDICE

07	Amor y fútbol
09	El Chino al arco
14	El sin nombre
24	Ese gol de tiro libre
29	No era tan bueno ese central
38	Se murió don Quico
45	Zapatillas nuevas
51	Siempre quiso arbitrar
	Goles de camarín
63	El mejor gol
65	Goleador
67	Grito de vida
69	Lauchero
71	La mujer del 10

EN
ESTE TRABAJO
COLABORARON DANIEL
VISCARRA EN EDICIÓN, Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
EL LIBRO SE COMPUSO UTILIZANDO UNA
TIPOGRAFÍA SANS SERIF Y SE IMPRIMIÓ EN
PAPEL BOND BLANCO DE 80 GRAMOS.
TUVO SU REIMPRESIÓN 4.912 DÍAS
DESPUÉS DE NUESTRA
FUNDACIÓN.